

A woman in a business suit stands in profile, looking out a large window at a cityscape during sunset. She is holding a black briefcase. The scene is backlit by the warm glow of the setting sun, creating a silhouette effect.

Abogada MARTÍNEZ

EVA GONZAY & JULIA C. BROWN

CONTENTS

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

ABOGADA MARTÍNEZ

EVA GONZAY

&

JULIA C. BROWN

Copyright © 2024 Eva Gonzay & Julia C. Brown

Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Twitter: @EvaGonzay

Instagram: @juliabrown_writer

Safe creative: 2406048169330

CAPÍTULO 1

—¿Qué coño hace, Montero? —brama el capitán Cristóbal Jiménez—, le recuerdo que no puede estar aquí, está usted suspendida de empleo y sueldo.

La teniente Candela Montero ha entrado en el despacho de su superior a pesar de saber que no puede acceder por ningún motivo, a la base que ha sido como su casa los últimos años de su vida. Lleva apartada de sus funciones dos semanas y siente que no puede más, la cabeza no para de darle vueltas, apenas puede dormir y el alcohol se ha convertido en su único compañero.

Una mañana dos cabos se presentaron en su apartamento, cuando aún no había amanecido, y la instaron a acompañarlos ante el coronel Soto, el mando más alto de su base. Candela no tenía ni idea de lo que se le venía encima, pero cuando entró al despacho de su superior y lo vio acompañado de otros altos cargos, se temió lo peor. Y no se equivocaba, la teniente Candela Montero, una de las militares con más experiencia en Madrid había sido denunciada por una subalterna por abuso continuado dentro y fuera de la instalación militar hacia una cabo. La teniente lo desmintió, explicó su versión e intentó defenderse, pero nada de eso sirvió, la investigación ya estaba en curso y con ella, la suspensión de Candela.

—Lo sé, capitán, pero necesito su ayuda. Estoy desesperada —ruega la teniente, algo que en ella no es habitual.

—Yo no la puedo ayudar, Montero, se lo he dicho en varias ocasiones —responde Cristóbal Jiménez—, si la ven aquí tendrá graves problemas.

—¿Más de los que ya tengo? —bufa Candela—, estoy en la mierda, capitán. Todos me han dado la espalda y hasta mi mujer me ha echado de casa. No sé a quién recurrir.

El capitán Cristóbal Jiménez mira a su subalterna con seriedad. Lleva mucho tiempo trabajando con ella y se puede decir que la conoce lo suficiente como para saber que Candela Montero es incapaz de cometer cualquier delito, mucho menos por el que se le acusa. Sin embargo, todas las pruebas apuntan a ella y la cabo Cristina Andrade, la presunta víctima que ha sufrido su acoso, se presentó con un abogado que no hizo más que hundir la reputación de la teniente, además, la reacción de Candela en el momento en que se le notificó el motivo de su suspensión, no la ayudó en absoluto.

—Me conoce, capitán —dice Candela como leyendo la mente de Jiménez—, sabe muy bien que yo no acosaría a ninguna compañera. ¿Qué pasa con mis años de servicio? Las medallas, las condecoraciones, ¿eso no cuenta?

—Lo que yo crea no importa, teniente —responde el superior pasándose una mano por la incipiente calva que hoy brilla más que nunca—. Si la deja más tranquila, he abogado a su favor en mi declaración, pero en una investigación como esta sabe muy bien que decir lo buena que es en su trabajo y que no parece la clase de persona que va por ahí detrás de sus subalternas, no tiene demasiado peso.

—¿Y los demás? —pregunta Candela.

—No la entiendo.

—El resto de superiores. Es verdad que llevo años trabajando con usted, pero también he estado con otros mandos que saben de mi trayectoria. Digo yo que la declaración de todos ellos ayudará —dice la teniente agarrándose a un clavo ardiendo, cualquier ayuda en este momento es un salvavidas para ella.

—No lo sé, Candela —suspira derrotado el capitán Jiménez y la tutea—. Yo no puedo saber lo que han dicho los demás de ti, de hecho, no debería haberte dicho lo que yo he declarado.

La teniente Montero está cansada. Baja la mirada, resignada porque sabe que su superior tiene razón. Cuando se abre una investigación interna, aparte de suspender al investigado, ningún uniformado puede decir ni una sola palabra del caso. Ella ya lo ha vivido en sus años en el ejército, ha sido interrogada porque algunos compañeros han cometido delitos que han ido desde leves hasta los más graves, como quitarle la vida a alguien más. Conoce el procedimiento, pero está tan angustiada que lo único que pensó esa mañana cuando se levantó con una resaca que la estaba matando, fue ir a hablar con Cristóbal, su superior, pero también un hombre amable que siempre la ha tratado como a su igual y con él que ha compartido alguna cerveza fuera de la base.

—Sabes cómo va esto —sigue hablando el capitán Jiménez—, silencio absoluto incluso después de que se acabe la investigación.

—Y aunque se demuestre que soy inocente, esa mancha quedará en mi expediente. Años de mi vida tirados a la basura por una tía que lo único que quiere es joderme —exclama Candela levantándose de la silla con ímpetu.

—Siéntate —exige el capitán— y baja la voz. No debería ni dejarte estar aquí y si lo hago es por cortesía, porque sé que tú en mi lugar harías lo mismo como mínimo.

Candela se sienta y se aprieta con tanta fuerza el puente de la nariz que parece que el hueso

nasal se le romperá en cualquier momento.

—¿Qué hago, capitán? Le juro que estoy muy perdida y el abogado que me asignó la base no me da muchas esperanzas y, además de que el tipo parece que tiene un palo en el culo, la comunicación con él es muy difícil.

—Cambia de abogado, Candela. No entiendo que no lo hayas hecho ya —dice Jiménez negando con la cabeza—, los que asigna la base hacen lo justo y normalmente van para aquellos militares que no tienen cómo pagar uno. No creo que ese sea tu caso.

Candela Montero quiere darse de hostias contra la pared que tiene de frente. Ha estado tan sumergida en la capa de mierda que le ha dejado la denuncia de la cabo Andrade que no ha pensado con claridad. Simplemente ha actuado como un autómata, sobre todo cuando buscó refugio en su mujer, con la que lleva tantos años casada que ha perdido la cuenta, y ésta no solo le gritó y la acusó de ser culpable del delito, sino que la echó de casa y, lo que más le duele, la separó de su perro. No ha reparado en el hecho de que un abogado asignado por la base no hará el mismo trabajo que uno contratado por ella que se moverá e investigará cómo debe ser.

—No lo había pensado —responde balbuceando como una niña cuando la descubren con la barra de chocolate en la mano a medio acabar.

—Mi consejo es que te centres, Montero. Tienes un aspecto lamentable, parece que llevas semanas sin dormir, sin comer y sin ducharte —cabecea Cristóbal Jiménez con el gesto de disgusto dibujado en la cara—. Busca a alguien realmente bueno que te represente y si eres inocente como dices, pelea para demostrarlo. Y deja de pensar en la mancha en tu expediente, prioriza el salir del agujero en el que estás. Lo otro ya lo resolverás.

—Siento haberme presentado así, capitán —suelta de repente la militar, más tranquila y consciente de que visitar a su superior no solo le puede acarrear más problemas a ella sino a él también—, espero no meterlo en un lío.

—De eso me encargo yo —dice Cristóbal y endurece la mirada—, pero no vuelvas a venir por aquí.

—Sí, capitán —responde la teniente y se pone de pie para cuadrarse ante él.

—Montero —la llama el capitán Jiménez cuando la mujer estaba a punto de abrir la puerta para salir del despacho—. Busca a Raquel Martínez, dicen que es la mejor en esto. Pero te advierto que tendrás que convencerla para que te represente.

—Y ¿eso por qué? —pregunta la teniente con la cabeza ladeada.

—Ella solo defiende a las víctimas y aunque tú jures serlo, las cartas no están echadas a tu favor.

Candela Montero siente otra puñalada atravesarle el pecho. Es el mismo dolor que lleva sintiendo desde ese maldito día en que la echaron de la base como a una rata sin casi darle la oportunidad de defenderse. Ahora le toca espabilar, darle puerta al abogado del palo en metido en el culo e intentar convencer con todas sus armas a la tal Raquel Martínez.

CAPÍTULO 2

—Me encanta ganar, joder —exclama Raimundo González, el socio con el que la abogada Raquel Martínez montó su bufete en pleno centro de Madrid hace ya diez años.

Sentada frente a él en un bar cercano a los juzgados donde acostumbran a celebrar todas sus victorias, Raquel ensancha una sonrisa y alza su copa de cava frente a la de Raimundo.

—Ha costado —comenta ella.

—Sí, pero ya está hecho.

Raquel se apoya en el respaldo de la silla y suspira, no solo ha sido un caso difícil, sino que, también ha sido muy mediático y eso ha añadido un punto extra de presión que la ha tenido sin apenas dormir durante los once días que ha durado el juicio.

—¿Te imaginaste alguna vez que nos iría tan bien cuando decidimos asociarnos? —pregunta Raimundo con gesto melancólico.

Ella cabecea negando y sonriendo.

—Sabía que nos iría bien —Raquel se inclina hacia delante y apoya los brazos en la mesa —, porque tú eres muy bueno y yo soy mejor —bromea y le guiña un ojo, Raimundo explota en una carcajada ronca que hace que algunos clientes se giren hacia ellos.

Su socio es un hombre robusto, alto y ancho como un armario, con el pelo peinado hacia delante en un corte un tanto extraño para disimular sus incipientes entradas y las manos más grandes que Raquel ha visto nunca. Se conocieron durante la carrera, enseguida se hicieron amigos y conectaron de tal modo que mantuvieron su amistad incluso después de haberse titulado. Cuatro años más tarde la casualidad hizo que ambos se enfrentasen en un juicio en el que al final acabaron llegando a un acuerdo y, se encontraron tan cómodos trabajando juntos, que mientras tomaban algo, Raimundo soltó que podrían asociarse y montar un bufete. Él lo dijo entre carcajadas, pero Raquel lo miró seria y le dijo que adelante. Y así hasta ahora.

—Con todo el trabajo que nos está cayendo ahora, deberíamos pensar en contratar algún abogado más para el bufete, y tú deberías aflojar un poco el ritmo —dice Raimundo señalándola con uno de sus enormes dedos—, que al final te va a dar algo.

—Estoy bien así —dice Raquel.

Él arquea las cejas y se ríe.

—Eso lo dices ahora, como no aprendas a delegar de una vez, al final te explotará la cabeza.

—No hemos venido aquí para que me sueltes el mismo sermón de siempre, Rai —dice Raquel—, ya sé que tú estás encantado repartiendo casos entre nuestros empleados, pero yo me pongo nerviosa, no me fío, y me estreso más revisando lo que hacen que si lo hago yo misma.

—Yo solo digo que ese ritmo que llevas no puedes aguantarlo mucho tiempo —alza las manos él en son de paz—. En fin, ¿qué te parece si te vienes esta noche a cenar a mi casa para celebrarlo? Hace tiempo que no vienes y Elvira ya comienza a pensar que tenemos un lío y por eso no quieres venir a casa —bromea su socio.

—Mi querida Elvira sabe que mejor que nadie que yo jamás me liaría con alguien que tenga lo que te cuelga a ti entre las piernas —sonríe Raquel ante la mirada divertida de Raimundo—, ahora en serio, dile que iré otro día, pero esta noche no porque tengo planes.

Raquel esboza una sonrisa torcida que su socio conoce muy bien.

—¿Planes con Vanesa? —pregunta él con los ojos entornados.

—Correcto.

—¿Cuándo pensáis formalizar lo vuestro? —pregunta Raimundo de sopetón, dejando a Raquel paralizada.

—¿Formalizar? —pregunta con una mueca de terror que desconcierta a su socio.

—Bueno, llevas mucho tiempo hablándome de ella y todavía no me la has presentado, yo solo digo que...

—A ver, Rai —Raquel lo corta conteniendo las ganas de reír—, no te la he presentado ni te la presentaré nunca. Te hablo de ella porque es una mujer con la que me acuesto de vez en cuando, pero ya está, la cosa no pasa de ahí ni pasará.

—¿Por qué no? —pregunta él decepcionado.

—Joder, pues porque no, Rai. Nos lo pasamos bien juntas de vez en cuando y ya está, ni yo quiero algo más que eso ni ella tampoco.

—Una amiga con derecho a roce —concluye él con una mueca.

—Justo eso.

—Pues vaya disgusto se va a llevar Elvira, yo le había dicho que por fin parecía que ibas

en serio con alguien.

Raquel lo mira perpleja.

—¿Y por qué demonios le has dicho eso?

—Yo qué sé, porque desde que te conozco, es la única mujer con la que parece que repites después de que lo tuyo con Nuria se fuera al carajo.

La abogada se ríe y lo mira con dulzura. Raimundo es demasiado bonachón y un hombre de los que cree en el amor de una manera tan ciega que Raquel reza todos los días para que lo suyo con Elvira no se tuerza nunca, porque no está segura de que él pueda superarlo.

—Deja de imaginarte cosas, Rai y, sobre todo, de contárselas a tu mujer. Con Vanesa me lo paso bien y punto. Follamos, tenemos una buena conversación y después, cada una sigue con su vida.

—De acuerdo, ya lo pillo, no hace falta que entres en detalles —Raimundo pone los ojos en blanco y rellena las dos copas vacías.

—Hola —saluda Raquel cuando Vanesa le abre la puerta.

—Y aquí está la abogada estrella —comenta su amante haciendo una reverencia mientras se aparta para dejarla pasar.

—No me hables de trabajo, por favor —suplica Raquel apoyando la espalda en la pared del pasillo—, me he pasado toda la mañana en el juzgado y la tarde celebrándolo con mi socio.

—Muy bien, nada de trabajo entonces.

Vanesa se sitúa frente a ella y pega su cuerpo contra el de Raquel, que suspira complacida cuando las manos de su amante comienzan a sacarle la camisa de la falda.

—Parece que te apetece otra cosa —susurra Vanesa mordisqueándole el cuello.

—Eso parece, sí —confirma la abogada.

—Genial, porque llevo todo el día viéndote en la tele y volviéndome loca de ganas de follarte —asegura Vanesa, que le sube la falda bruscamente, se deja caer de rodillas y, tras bajarle la ropa interior y pedirle que separe las piernas, primero la lame para humedecerla y después la penetra para gusto de la abogada, que no deja de pensar que una follada rápida es justo lo que necesita.

CAPÍTULO 3

—Señora, le repito que, si no tiene cita, la abogada Martínez no podrá atenderla —dice una vez más la secretaria de Martínez – González & Asociados, hastiada de repetir lo mismo.

—Pero si no tiene hueco en su agenda de aquí a tres meses, ¿cómo quiere que consiga una cita con ella? —bufa la teniente Candela Montero.

El mismo día que fue a visitar al capitán Cristóbal Jiménez, Candela buscó el nombre de Raquel Martínez en internet y se quedó boquiabierta con la cantidad de información que encontró acerca de ella. Al parecer, la abogada es una profesional muy reputada que ha ganado unos cuantos casos mediáticos y otros bastante importantes que se llevaron a cabo a puerta cerrada. Uno de los tantos datos que leyó, y el que más le llamó la atención, es que Raquel está especializada en casos que tengan que ver con las fuerzas del orden público, sobre todo, con el ejército. De inmediato, la teniente entró a la página web del despacho que lleva su apellido, dispuesta a concertar una cita, pero se dio de bruces cuando el programa le arrojó un calendario bloqueado durante los próximos meses. Pensando que era un error, esperó al siguiente día para llamar y, tras diez minutos de espera escuchando una melodía de lo más cansina, una diligente mujer le confirmó sus sospechas; para verse con Raquel Martínez hay que hacer una larga fila.

Así que allí está, en la entrada del bufete intentando que la secretaria sea condescendiente y le conceda, al menos, unos minutos con la abogada.

—Lo siento, pero la señora Martínez está hasta arriba de trabajo y no puede verla antes, si quiere entrevistarse con ella, tiene que hacer cita como todo el mundo y esperar a que llegue su turno —dice la secretaria, que ya ni se molesta en mirarla a la cara.

Candela mira a su alrededor, el espacio que además de estar bien decorado, está casi vacío. Observa que solo hay dos personas esperando además de la que entró en una de las oficinas cuando ella estaba llegando.

—Para el trabajo que dice tener, aquí no tiene a casi nadie ahora mismo —responde Candela con un tono borde.

Suspira asqueada, le duele la cabeza, la saliva le devuelve un regusto a whisky y pipas y la

poca paciencia que había aprendido a mantener, la perdió el día que Cristina Andrade se propuso joderle la vida. Decide cambiar de táctica a ver si esta vez la suerte la acompaña.

—Mire, sé que no tengo cita y que tampoco estoy siendo la persona más cordial del universo, pero estoy desesperada. Soy militar y estoy metida en un buen lío, mi superior me recomendó hablar con Raquel Martínez porque según él es la mejor, y es lo que yo necesito ahora mismo —dice con voz más calmada captando la atención de la chica—, puedo esperar lo que sea necesario aquí sentada, pero solo necesito unos minutos con ella para explicarle mi caso y saber si me puede ayudar. Después me iré, lo prometo.

La secretaria, Azucena, no se conmueve ni un poco, lleva años trabajando frente al bufete y ha visto pasar muchos lobos disfrazados de cordero. Aun así, sabe que Raquel Martínez es una obsesa del trabajo sobre todo cuando se trata de casos que involucran al ejército. Toma una decisión y se levanta dispuesta a hablar con su jefa, sabe que la mujer está allí revisando documentos y no tiene a nadie agendado en toda la mañana.

—Espere aquí, veré qué puedo hacer —dice Azucena saliendo de detrás de su mesa y caminando por el largo pasillo hasta el final.

Candela no cree en nada, pero en ese momento alza su mirada al cielo y lanza una plegaria desconocida para que alguien le eche una mano y la abogada acceda a verla.

—Hazla pasar en una media hora, Azucena. Yo te aviso, quiero acabar con esto que llevo retrasando días y no puede esperar —dice Raquel.

Y así lo hace, la secretaria le da el mensaje a una Candela que abre mucho los ojos por la sorpresa y tras más de una hora de espera, finalmente la abogada tiene la decencia de recibirla.

—Buenas tardes, por favor tome asiento —dice Raquel Martínez, que no puede evitar darse cuenta de la belleza salvaje de su potencial clienta—, me ha dicho Azucena que es militar y que tiene usted un problema.

—Sí —carraspea nerviosa Candela recordando las palabras de su superior cuando le dijo que tendría que convencer a la abogada para que aceptara su caso—, soy la teniente Montero de la base militar centro.

—Y ¿bien? Cuénteme qué le ha pasado, teniente.

Candela clava su mirada en la mesa de caoba de la abogada y respira con lentitud para calmarse.

—Primero necesito que me escuche hasta el final, ¿puede hacerlo?

—Sí, por supuesto —responde Raquel acomodándose en su carísima silla de cuero.

—Una subalterna me ha denunciado por acoso —extiende una carpeta con la denuncia impresa—, desde ya le digo que ella miente. Jamás haría eso que dice y mucho menos a una compañera. El caso es que la base en la que estoy asignada me facilitó un abogado que no ha hecho nada para ayudarme. Estoy suspendida de empleo y sueldo y no tengo ninguna información del avance de la investigación.

Raquel lee por encima la denuncia con el ceño fruncido, cierra la carpeta y se la devuelve a Candela.

—Creo que está mal informada, teniente. Yo solo me dedico a buscar justicia para las víctimas y por ese documento —señala la denuncia—, usted no lo es.

—Y ¿qué pasa con mi palabra?, ¿eso no vale? —pregunta la militar endureciendo la mirada.

—Puede que sí, pero en este bufete, no. ¿Sabe usted cuántos uniformados vienen aquí pidiendo que les represente y jurando que no son culpables? —es el turno de preguntas de Raquel.

—Ilumíneme, letrada.

—No podría contarlos —zanja—, lo que sí puedo es decirle que la mayoría de ellos son culpables y me buscan porque saben que soy la mejor en lo que hago. Ya cometí ese error no una, sino dos veces, y no pienso volver a pasar por ahí.

La teniente Montero levanta las cejas en un gesto que denota dos cosas; cabreo y asombro ante una mujer que se cree inalcanzable.

—La diferencia aquí, abogada, es que yo digo la verdad. Llevo más de la mitad de mi vida dedicada al ejército con un expediente impoluto y ¿qué ocurre? Que un día una cabo decide denunciarme alegando una sarta de mentiras y así —chasquea los dedos de ambas manos—, me convierto en la mala de la película, me apartan de mi trabajo y todo el mundo me da la espalda.

Raquel Martínez desearía tener el poder de la clarividencia y saber con certeza si la gente dice o no la verdad. Ha aprendido el arte de leer a los demás muy bien, es uno de los motivos por los que es tan buena en su trabajo, pero eso lo logra con el pasar de los días cuando trabaja con un cliente codo con codo y descifra sus manías, sus formas y, finalmente, si miente o no. Con Candela Martínez le pasa algo extraño, hay algo que no le cuadra, siente que la mujer, aunque puede ser inocente, esconde muchas cosas que no le traerán más que problemas a la abogada si decide tomar el caso.

—Lo siento, teniente Montero, no puedo ayudarla —dice Raquel con firmeza—, le deseo suerte en la búsqueda de su defensa.

—Y ¿ya está?

—No soy yo quien va a representarla, teniente. No me haga repetir los motivos que ya le expliqué. Hay muchos abogados en Madrid que se dedican en exclusiva a este tipo de casos, acuda a alguno de ellos —dice la letrada levantando el teléfono fijo de su mesa para llamar a Azucena y dar por zanjada la conversación.

A Candela la sangre le hierva, tiene ganas de golpear la pared o incluso echar al suelo esa organizada biblioteca de madera llena de libros que hay en un lateral de la oficina. Quiere, pero sabe que no debe, no puede buscarse más problemas y sabe que si hace lo que su mente le está diciendo, todo para ella empeoraría. Con un gesto entre derrotado y rabioso, la militar se levanta de la silla dispuesta a marcharse.

—Sí es tan buena como usted misma dice que es, tarde o temprano se dará cuenta de que soy inocente y se arrepentirá de su prepotencia y de no aceptar mi caso —dice Candela a la vez que le da la espalda y sale del despacho.

Raquel Martínez deja la mirada fija sobre la puerta que se acaba de cerrar, sigue con ese *runrun* en el pecho que no la deja estar segura de que ha tomado una buena decisión al no aceptar el caso o al menos darle una vuelta al expediente de la militar. Está cansada, tiene cientos de documentos por revisar por no hacerle caso a su socio y delegar en otros abogados, así que con un suspiro, coge una pila de carpetas y se centra en el papeleo para dejar a un lado la mirada derrotada de la teniente Candela Montero, es entonces cuando se da cuenta de que la militar se ha dejado allí la copia de su denuncia.

Raquel sabe que si se levanta y corre, es posible que todavía la alcance para devolvérsela, pero no lo hace, simplemente la deja a un lado de su mesa y sigue trabajando.

CAPÍTULO 4

—Perdón, llego tarde —dice Raquel cuando entra en el despacho de Raimundo con unas cuantas carpetas en la mano.

Todos los miércoles, ambos socios suelen dedicar la mañana a revisar todos los casos que han ido entrando desde la semana anterior, cada uno descarta libremente los que considera y, antes de la hora de comer, los dos se reúnen y comentan aquellos con los que creen que deben quedarse o les generan algún tipo de duda.

—Tranquila —dice Raimundo—, pero miremos de ser breves, que no he desayunado y el hambre me está matando.

Su socio le señala la única silla libre que hay en la mesa de cristal que tiene en un rincón de su amplio despacho, la que acostumbran a utilizar para reunirse entre ellos. Raquel sonríe y toma asiento.

—Deberías traerte algo para desayunar cuando no tenemos previsto salir del despacho —comenta Raquel.

—No me viene mal pasar un poco de hambre —comenta Raimundo acariciando su incipiente tripa—. En fin, yo no tengo nada llamativo, un par de casos que ya he aceptado —dice y extiende las carpetas hacia Raquel—, los demás no nos interesan.

La abogada echa un vistazo por encima y asiente levemente con la cabeza.

—De acuerdo, yo también he aceptado dos. Uno es todo burocracia y se puede encargar Anabel, ya la iré supervisando, del otro me ocupo yo.

—Anabel se puede encargar sin que la supervises, es tan experimentada como tú y yo —arquea una ceja Raimundo.

Raquel le dedica una mirada y a su socio no le hace falta nada más para saber que la abogada supervisará el trabajo de su empleada igualmente.

—Muy bien, haz lo que quieras. ¿Y esa carpeta? —pregunta Raimundo señalando la que Raquel sigue sosteniendo en la mano.

La abogada la mira y hace un movimiento con la cabeza que confirma las dudas que tiene antes de entregársela a su compañero.

—Es una teniente a la que han denunciado por acoso —explica antes de que él pueda abrirla—, obviamente, la he rechazado —dice Raquel.

Raimundo echa un vistazo por encima al informe de la denuncia.

—Pero el expediente está aquí, así que deduzco que algo te tintinea en la cabeza —dice Raimundo.

—No sé, desde que se ha marchado no dejo de darle vueltas. Tengo muchas dudas, Rai. Me ha parecido realmente desesperada, y solo alguien inocente muestra ese tipo de desesperación. La tendrías que haber visto, estaba hundida.

—Bueno, pues si no te has quedado tranquila, tira de contactos e indaga un poco a ver qué información obtienes sobre su caso. ¿No tienes una amiga que es capitana? Ella seguro que sabe algo.

—Tienes razón, voy a llamarla ahora mismo —dice Raquel sacando su teléfono.

—Pero no te enrolles, que tengo hambre y hoy te toca invitar a ti —contesta su socio señalándola con uno de sus enormes dedos.

Raquel esboza una sonrisa y se sienta en la silla de la mesa principal de su socio para hablar con la capitana Robles. Por suerte, Virginia está en la capital y cuando Raquel le pregunta si pueden verse, quedan esa misma tarde para tomar un café juntas.

—Bueno —dice Virginia cuando llega a la cafetería en la que se han citado—, pensaba que ahora que sales en la tele, iba a tener que pedir una cita en tu bufete para poder verte —añade mientras se funden en un abrazo afectuoso.

—No seas dramática —se ríe Raquel—, que las dos últimas veces que te he llamado, has sido tú la que no ha podido quedar.

—Porque no estaba en la ciudad —se defiende la capitana.

—Excusas —la pincha Raquel—. ¿Cómo está Marta?

—Bien, en casa durmiendo la siesta. Llegamos hace un par de días de Cádiz y ahora no hacemos otra cosa que revisar casos.

—¿Y entre vosotras?

Ya han pasado ocho meses desde que todas coincidieron en el caso Romero y desde que volvieron a Madrid, Raquel y Virginia se han visto un par de veces además de hablar por

teléfono de vez en cuando. Sabe que las cosas entre la capitana y la sargento se arreglaron, pero no puede evitar preguntarle siempre que se ven porque sabe que Virginia se quedó con ese miedo instalado en el cuerpo ante la idea de que Marta volviera a asustarse y soltar alguna perla que lo jodiera todo.

—Genial —sonríe Virginia resplandeciente—, la verdad es que estamos mejor que nunca —explica sin entrar en detalles.

—Me alegro mucho, de verdad —Raquel le da un apretón en el brazo.

—¿Y tú qué tal?

—Con mucho trabajo, como siempre.

—¿Y mujeres? —tantea la capitana.

—No me hables de mujeres, Virginia, desde que me rechazaste tengo un trauma —bromea y las dos se echan a reír—. Ahora en serio, no tengo tiempo ni ganas de complicarme. En fin, te quería preguntar sobre un caso del que entiendo que deberías saber algo.

Virginia se pone seria.

—¿Qué caso?

—Teniente Candela Montero, ¿te suena?

La capitana coge aire y lo deja salir lentamente antes de asentir.

—Sí, claro que me suena.

—Tratándose de acoso dentro de una base, lo vais a investigar, supongo —indaga Raquel.

—La verdad es que no.

—¿No? —se sorprende la abogada—. ¿Y eso?

—Hay un pequeño conflicto de intereses en este asunto, Raquel.

—¿Cuál? —pregunta la abogada cada vez más intrigada.

—Que soy amiga de Candela, por lo que no puedo intervenir porque no sería imparcial por mucho que lo intentase, así que nosotras no podemos ocuparnos.

—Joder, ¿la teniente es amiga tuya?

—Sí, la conocí cuando nos mudamos aquí a Madrid y comenzamos a trabajar en la base. Es de mi edad y conectamos mucho, así que entablamos amistad y hemos quedado varias veces.

—Vaya —dice Raquel sorprendida.

—¿Por qué preguntas por su caso? —se interesa Virginia.

—Porque esta mañana ha estado en mi despacho pidiéndome que la defendiera, pero ya sabes que yo me centro solo en las víctimas.

—Candela es una víctima —suelta Virginia sin poder contenerse.

—Muy bien —Raquel se reacomoda en su silla y arquea las cejas al mismo tiempo que extiende las manos con las palmas hacia arriba—, como no soy su abogada porque me he negado a defenderla, quiero que me des tu opinión sincera sobre lo que piensas de su caso.

—Fácil. Candela es muchas cosas, Raquel, pero no una acosadora, eso te lo aseguro. Comete errores como todo el mundo, ¿pero acosar a una subordinada? Joder, ya te digo yo que no, y eso que las cosas con su mujer no van muy bien.

—Pareces muy segura, Virginia. ¿Pondrías la mano en el fuego por ella? —pregunta la abogada.

La capitana se queda pensativa unos segundos antes de asentir.

—Sí, la pondría. Si la conocieras bien, entenderías lo que digo. No sé cómo explicarlo, pero Candela es buena persona, punto.

Raquel asiente, esa es la sensación que ella ha tenido cuando la ha conocido en su despacho. La abogada es una mujer que se guía mucho por las primeras impresiones y lo que siente cuando tiene a alguien cerca y, aunque Candela le ha parecido una mujer hundida que transita por un sendero muy oscuro, en el fondo ha visto luz y por eso tenía tantas dudas con respecto a ella.

—Está bien, tú confías en ella y yo en ti. Así que, si todavía quiere, aceptaré su caso.

—¿En serio? —sonríe la capitana.

—Sí, espero no tener que arrepentirme —tuerce la boca Raquel.

—No lo harás. Joder, no te como la boca porque estaría feo —bromea Virginia y le da un beso tan sonoro en la mejilla, que deja medio sorda a la abogada.

—Ni se te ocurra acercarte a mi boca ahora que Marta empieza a aceptarme —le advierte Raquel entre risas.

CAPÍTULO 5

—Señora, haga el favor de quedarse quieta y colaborar —suelta un agente de la Policía Local de Madrid.

—Yo solo quiero llevarme a mi perro —balbucea Candela.

La teniente Candela Montero ha pasado parte de la noche sentada en el taburete de un bar cochambroso en el centro de Madrid. Después de que la abogada Raquel Martínez se negara a representarla, Candela se hundió en su propia miseria. Salió a dar un paseo para que le diera el aire e incluso se adentró en un parque donde el ayuntamiento llevaba a cabo un acto recreativo, todo para intentar despejarse. Nada de eso funcionó, así que volvió a su casa con la esperanza de que el ejercicio físico le machacara no solo el cuerpo, sino también la mente, pero de nuevo su plan fracasó. Se sentía asfixiada y no hacía más que dar vueltas por el salón como una leona enjaulada.

Candela no tiene ni idea de qué fue lo que la hizo decidir volver a la ciudad, beberse hasta la última gota de ron que le sirvió el camarero, aparecer en el apartamento que compartía con su mujer hasta hace unas semanas y armar un escándalo de grandes proporciones. Así que ahí está, esposada, con una tasa de alcohol en sangre que haría saltar cualquier alarma y escuchando las palabras de desprecio que salen de la mujer con la que, hasta hace poco, compartía cama.

—Quiero poner una denuncia, esto no lo pienso tolerar —dice irritada Miriam Guzmán, la mujer de Candela.

—Está en su derecho, señora. Para formalizarla tendrá que ir a comisaría, puede hacerlo mañana, no se preocupe.

—Encima tengo que perder el tiempo en ir hasta allí —bufa Miriam—, joder, vaya momentazo en el que me fijé en ti.

A Candela el comentario la atraviesa. Sabe que su matrimonio estaba acabado, pero siempre quiso mucho a Miriam y, aunque, su todavía mujer se haya convertido en una perra mala del infierno, Candela jamás podría decirle algo como eso.

—Di lo que quieras, Miriam, ya me da igual —miente—, yo lo que quiero es que me des a

mi perro y te prometo que no volverás a verme la cara.

—Y una mierda —se exalta la mujer de la militar, que lleva rato con las orejas rojas producto de la rabia que siente—, al chucho me lo quedo yo. Te jodes.

—Señora —interrumpe el agente con voz desganada—, lo que tengan que resolver, lo resuelven en otro momento. Nosotros nos vamos a comisaría.

Miriam da un portazo que hace temblar las paredes y Candela sale del edificio en el que vivió los últimos años escoltada por la policía bajo la atenta mirada de los vecinos más cotillas del barrio.

Después de media hora, están en un despacho minúsculo rellenando datos y, por fin, a la teniente Montero la dejan hacer una llamada. No duda en marcar el número de teléfono de la única persona que no le ha fallado desde que su carrera se fue a la mierda.

—¿Qué estás detenida?, ¿he escuchado bien? —pregunta la capitana Virginia Robles desorientada. Estaba dormida profundamente cuando el sonido del móvil la ha despertado.

—Sí, siento molestarte, pero no sabía a quién acudir —se avergüenza Candela, que aún sigue bastante perjudicada.

—No te preocupes por eso, Candela, ¿tú estás bien? —pregunta Virginia preocupada.

—La verdad es que no. Estoy en la mierda, ya lo sabes, y parece que todo va de mal en peor —Candela suelta un sollozo que ni ella ni Virginia se esperan.

—¿En qué comisaría estás? —es lo único que puede preguntar Virginia, es la primera vez que ve a una mujer tan fuerte como Candela derrumbarse de ese modo.

Después de colgar la llamada, la capitana Robles no se lo piensa y llama a la única persona que sabe que puede ayudar a su amiga en estos momentos.

—¿Te pillo mal, Raquel? —pregunta Virginia al sentir que la abogada tiene la respiración agitada.

—Un poco, la verdad —sonríe gamberra.

—Joder, lo siento, pero esto es urgente —se disculpa la capitana.

Raquel Martínez se levanta del sofá de un tirón aún con el coletazo del último orgasmo que le acaba de arrancar Vanesa.

—¿Qué pasa, Virginia?, ¿tú y Marta estáis bien? —pregunta Raquel nerviosa.

—Sí, sí, tranquila. No se trata de nosotras, es Candela.

Virginia le explica todo lo que le ha dicho la teniente Montero, que no es mucho, solo que

ha sido detenida por escándalo e intentar entrar en una propiedad privada.

—Esto te lo pido como un favor personal, Raquel. Ayuda a Candela, me preocupa el estado en el que está —ruega Virginia, sabedora de que tiene la partida ganada.

—Al final tu amiga me va a traer más disgustos que alegrías, ya lo verás. Debería dejarla toda la noche en el calabozo para que escarmiente —suelta la abogada.

Virginia se queda callada esperando a que sea una broma. Raquel suspira.

—Voy a darme una ducha e iré a buscarla.

—Muchas gracias, de verdad —la capitana Robles sonrío aliviada, aunque la abogada no pueda verla.

—Virginia —la llama Raquel—, con respecto a Candela, se acabaron los favores. Sabes que me tomo muy en serio mi trabajo y si me lo pone difícil con percances tontos como el de esta noche, no la defenderé. Hablaré con ella, tendrá que acatar mis condiciones o si no, que se busque a otra.

—Recibido alto y claro —contesta Virginia, que no tenía ninguna duda sobre la profesionalidad de la abogada.

Una hora después, Raquel está firmando toda la documentación que le ha entregado una agente de mirada esquiva y tono cortante. La abogada la mira con ganas de poner una queja porque la está poniendo de peor humor. Ha tenido que suspender una velada sexual de lo más atractiva con Vanesa para venir a recoger a una mujer que, sin ser oficialmente su clienta, ya le ha causado gastos y dolores de cabeza. Para colmo de los males, el agente que trae a una tambaleante Candela, le ha advertido que la militar ha vomitado dos veces y ha puesto la celda toda perdida.

—Madre mía —murmura la abogada.

—Letrada, intente mantenerla vigilada al menos esta noche, me da a mí que esta quiere marcha —le aconseja el uniformado.

Raquel no contesta, coge a la teniente Candela Montero por el brazo y la saca de comisaría para subirla en su coche. Se lo piensa por unos segundos y se da cuenta de que no sabe ni siquiera si la dirección que consta de la militar es la correcta, así que, tras meditarlo mucho, decide llevarla a su casa y que al menos allí duerma la mona.

Candela no ha dicho ni una sola palabra y en el coche, ha pegado la frente a la ventanilla hasta que Raquel ha aparcado el vehículo en su apartamento. Como si de una muñeca de trapo se tratara, la abogada la ayuda a salir y, en cuanto entran al salón de su casa, Candela cae como un

fardo encima del sofá. Raquel niega con la cabeza y se agacha para quitarle los zapatos y subirle las piernas para que esté más cómoda. Es en ese momento es cuando se fija en el rostro de Candela. Aunque duerme, tiene las facciones contraídas en un gesto de preocupación y dolor, pero a pesar de eso, confirma lo que vio en el despacho; la teniente tiene una belleza salvaje difícil de ignorar. En otra circunstancia, Raquel no dudaría en intentar pasar una noche con ella, pero es tal la acidez estomacal que le está provocando la mujer, que ese pensamiento queda anulado por completo.

—Mañana me vas a escuchar, Candela Montero —murmura Raquel girando sobre sus talones para encerrarse en su habitación.

CAPÍTULO 6

Cuando la teniente Candela Montero abre los ojos tras llevar varios minutos escuchando pasos rápidos que van de un lado para otro, lo primero que nota es el dolor agudo en la cabeza, como si unas manos gigantes se la estuvieran aplastando y le fuera a reventar de un momento a otro. Lo segundo es que los ojos le escuecen al abrirlos y lo tercero, que tiene la boca pastosa y la sed suficiente como para tragarse un litro entero de agua de una sola sentada.

Otra cosa que debe añadir a la lista de sensaciones desagradables que experimenta, es la lentitud de reflejos, porque Candela escucha esos pasos acercarse a ella, pero no es capaz de moverse ni un milímetro hasta que un ruido seco a su lado la hace botar del susto y cerrar los ojos porque le molesta a su dolorida cabeza embotada.

—Ve espabilando, tengo que marcharme en quince minutos y tenemos que hablar —dice la abogada, que acaba de dejar una taza de café llena hasta el borde junto a la mesa auxiliar que tiene al lado del sofá.

Candela la mira y parpadea varias veces con una confusión impresionante. Por un instante, le ha parecido haber retrocedido en el tiempo y ubicar esos pasos nerviosos como los de su mujer cuando se iba a trabajar antes que ella, pero al ver la cara de la abogada, mirándola con esos ojos grises y una expresión poco amistosa, la teniente comienza a tener una repentina oleada de recuerdos confusos que se le agolpan en la mente y le agudizan el dolor de cabeza. Recuerda el bar, aunque no el tiempo que pasó allí, también recuerda estar en el rellano del que fue su apartamento hasta hace poco, los gritos de Miriam, los ladridos de su perro, a la policía y, por último; el calabozo.

—¿Qué hora es? —pregunta abriendo los ojos todo lo que puede.

El corazón se le acelera cuando se da cuenta de que ese no es el apartamento de Miriam, y tampoco su casa. Candela se incorpora tan deprisa que todo comienza a darle vueltas y se tiene que quedar sentada en el sofá donde ha pasado toda la noche.

—Las siete, y haz el favor de no hacer movimientos bruscos, que solo falta que vomites — responde Raquel.

Candela se queda quieta, se aprieta el puente de la nariz y coge la taza de café cuando Raquel se la acerca.

—Gracias —dice y da un buen trago.

Acto seguido, da otro y después uno más largo, sintiendo, sorprendida, que el líquido ardiente y amargo, la ha despejado un poco.

—¿Es tu casa? —pregunta estúpidamente.

—Sí —contesta Raquel, mirándola con curiosidad.

Candela alza la vista y se da cuenta de que la abogada va vestida de punto en blanco. Con un traje, sus zapatos de tacón y un recogido sencillo que le deja el cuello despejado y le da un aire seductor que descoloca a la militar haciendo que aparte la mirada.

—Lamento que hayas tenido que traerme aquí —se disculpa y se aclara la garganta.

—Yo también, créeme, pero no me pareció que estuvieras en condiciones de darme una dirección de la que me pudiera fiar —responde Raquel y se sienta unos segundos en la mesa, justo frente a ella—. Si todavía quieres, voy a defenderte, Candela —dice y los ojos de la teniente se abren como platos.

—¿En serio? —pregunta sintiendo que la resaca se le va de golpe.

—Sí.

—¿Puedo preguntar a qué se debe el cambio de opinión?

—Dale las gracias a tu amiga Virginia —se sincera Raquel.

—¿A Robles? —a Candela se le dibuja media sonrisa que no trata de esconder—, ¿te envió ella a sacarme del calabozo anoche? —ata cabos la teniente.

—Sí, y ya que hablamos de eso, vamos a dejar claro que para que yo pueda hacer bien mi trabajo y sacarte del lío en el que andas metida, necesito que te comportes. Cosas como las de ayer no pueden volver a suceder, no te conviene dar carnaza a la parte contraria con la que demostrar que eres agresiva o una mujer que pierde los nervios con rapidez y ahoga las penas en el alcohol. Meterte en líos como el de anoche, a la única que perjudica es a ti. Así que, si te llevas mal con tu mujer, no quiero que te acerques a ella mientras dure todo el proceso, pero sobre todo, con quien no quiero que hables bajo ninguna circunstancia, es con esa tal Cristina Andrade. ¿Queda claro?

—Sí —asiente Candela.

—Perfecto —Raquel se levanta dando por concluida la conversación—. Yo me tengo que marchar hacia el juzgado —comenta mirando su reloj de pulsera—. Date una ducha, en el

mueble del baño encontrarás toallas limpias, y come lo que te apetezca si es que eres capaz de retener algo en el estómago después del globo que pillaste anoche.

Candela suspira avergonzada y se lleva las manos al pelo para comprobar con disgusto, que la cola que se hizo al salir de su casa está en un lado de su cabeza, medio deshecha.

—¿Dónde vives?

—En Collado Villalba —responde Candela.

Raquel calcula que está a algo más de media hora de allí.

—¿Tienes dinero para un taxi?

—Tranquila, mi coche está en el bar donde me puse morada anoche —responde con una mueca—, iré a buscarlo dando un paseo, me vendrá bien para despejarme.

—Bien, pues en ese caso me marchó ya, vente esta tarde a mi despacho a las cinco en punto, hablaremos sobre tu caso.

—De acuerdo, y gracias por todo —dice Candela.

Raquel asiente y sale por la puerta. La teniente se levanta y tras terminarse el café de un trago, lava la taza y va directa hacia la ducha. A pesar de tener que vestirse con la misma ropa del día anterior, la teniente se siente mucho mejor y despejada. Lo limpia todo lo mejor que puede y, sin poder evitarlo, da una vuelta por el apartamento de la abogada muerta de curiosidad. La teniente no toca nada, simplemente observa descubriendo que Raquel es una mujer extremadamente ordenada, no como ella, que se hartaba de escuchar los gritos de Miriam cada vez que dejaba prendas de ropa repartidas por la casa. Al pensar en ella, piensa también en su perro y siente una punzada de dolor atravesarle el pecho.

Candela sabe que no es buena idea, pero no pierde nada por intentarlo una última vez. Saca su teléfono y, antes de abandonar el apartamento de la abogada, le escribe a Miriam. Lo hace de manera educada, primero la saluda y después se disculpa por haberse presentado así en su casa y, por último, le suplica que la deje llevarse al perro, recordándole que ella no tiene tiempo para cuidarlo y que, además, jamás le ha prestado atención y siempre era Candela la que se ocupaba de él.

La respuesta de Miriam es inmediata y más dolorosa que cuando la echó de su casa.

—El dichoso perro está a mi nombre, antes de dártelo, lo regalo o lo dejo atado delante de una perrera.

A Candela le tiembla la mano cuando lee la respuesta y se pregunta en qué momento su mujer se ha vuelto tan cruel o si siempre ha sido así y ella no ha sabido verlo hasta ahora. Quiere

romper cosas y gritar, sobre todo, gritarle a ella, pero recuerda las palabras de Raquel y se guarda el teléfono antes de ceder a las ganas que tiene de llamar a Miriam y decirle lo que piensa de ella.

Sale del apartamento de la abogada y camina a paso rápido mientras esa mente dolorida por los efectos del alcohol no deja de darle vueltas al asunto en busca de una manera de recuperar a su perro. La teniente se da cuenta —sorprendida— de que, en estos momentos, está más preocupada por recuperar a su perro y darle los cuidados y el cariño que necesita y que sabe que Miriam no va a darle, que por lo que pueda a pasarle enfrentándose a esa denuncia falsa de acoso.

Lo primero que hace Raquel cuando llega al despacho después de haber salido de los juzgados, es entrar directamente en el de su socio Raimundo tras asegurarse de que no está atendiendo a ninguna visita.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta él con sus enormes manos cruzadas sobre la mesa.

—Puro trámite, se ha fijado una nueva vista para la semana que viene, pero no vengo por eso —dice ella.

—¿Y por qué vienes entonces? —frunce el ceño Raimundo.

—¿Recuerdas el caso de la militar de la que te hablé?

—Sí, la que te generaba dudas.

—Esa misma. Lo he aceptado, la voy a defender.

Raimundo asiente.

—Hable con mi amiga Virginia y bueno...

—A mí no me tienes que dar explicaciones, Raquel, sabes que siempre he confiado ciegamente tanto en ti como en tu criterio. Si crees que debemos defenderla, la defendemos.

Raquel sonrío.

—Vale, solo quería informarte —dice complacida antes de salir del despacho.

CAPÍTULO 7

A las cinco en punto de la tarde, como buena militar, la teniente Candela Montero atraviesa las puertas del bufete Martínez – González & Asociados. Cuando llegó a su casa, tras recoger el coche aparcado frente al bar cochambroso, se quitó la ropa, metió un par de lavadoras, recogió su casa e hizo un poco de ejercicio. Desde que las cosas se empezaron a torcer en su vida, Candela se ha vuelto más desordenada y descuidada. Su casa parece que en vez de habitada esté abandonada, su nevera tiene, aparte de agua y luz, latas de cervezas, un trozo de queso mohoso y los restos de un pollo al horno que compró hará unas dos semanas. Así que después de terminar una sesión de dominadas, la teniente observó su patio trasero, recordando que ese fue el motivo por el que se enamoró de la casa y ahora no es más que un espacio lleno de hierbajos, paredes con la pintura desconchada y las dos tumbonas secas producto del sol que les da de lleno. No sabe por qué, pero a su mente llegaron flashes de Miriam y, con mucha pena, recordó cómo su mujer miró con cara de desaprobación la vivienda que Candela quería convertir en segunda residencia para escapar de vez en cuando de la tan ajetreada Madrid.

Mientras se secaba el sudor, la teniente Montero se hizo una promesa silenciosa de enderezar su vida y luchar por lo que le pertenece.

—Buenas tardes —saluda Candela a Azucena, que la mira con seriedad, preparada para decirle que, sin cita, no entra—, la abogada Martínez me está esperando.

Azucena revisa la agenda, desconfiada.

—La anuncio —contesta la mujer tan diligente como sería.

Candela espera con paciencia y en unos minutos, la secretaria le indica que puede pasar y a ella el corazón se le acelera. Ni la primera vez ni la segunda, la militar le ha dado a Raquel una impresión decente.

—Pasa, Candela —dice Raquel cuando la teniente se asoma por la puerta—, te veo recuperada.

—Yo no diría eso, pero al menos me siento un poco mejor —explica Candela mientras se sienta y recuerda que la última vez que estuvo allí, la desesperación la estaba comiendo por

dentro—. Quiero darte las gracias otra vez, Raquel. Además de pedirte disculpas por mi actitud, de ahora en adelante no haré nada que pueda perjudicarme en el caso.

Raquel la mira, no es que esté escéptica, pero nota lo rota que está la teniente y que, en su estado, parece que lleva una bomba de relojería en el bolsillo que puede explotar en cualquier momento.

—Eso espero, Candela —le advierte la letrada—, te juegas muchas cosas y, como te dije, necesito que te comportes para que yo pueda defenderte y hacer mi trabajo como debo.

—No más tonterías —levanta las dos manos enseñando las palmas—, solo haré lo que tú me digas.

—Bien, ahora hablemos de lo que pasó con Andrade —cambia el tema Raquel y se pone las gafas para recuperar la carpeta con todo lo que tiene del caso—. No te dejes nada, necesito que me cuentes todo lo que sucedió.

Candela llena sus pulmones y se prepara para relatar su historia con la cabo Andrade.

—Cristina llegó hace unos meses a la base, no estaba bajo mi mando, pero había muchas tareas que nos hacían cruzarnos algunos días. Ella no dejaba de mirarme con una atención que me generaba mucha curiosidad y, de repente, al cabo de unas semanas, las dos estábamos tonteando —cuenta Candela y niega con la cabeza arrepentida—. No era nada serio, algún comentario suelto cada vez que nos encontrábamos.

Raquel toma notas como si estuviera en una clase de la universidad.

—Y ¿cómo pasasteis de un tonto al acoso? —pregunta la abogada mirándola a los ojos.

—No hubo acoso —brama tensa la teniente.

—Ya me has entendido —dice Raquel y Candela se relaja.

—Una noche nos acostamos. Ya habíamos pasado a los roces casuales y a las miradas cargadas de ganas, así que acabamos enredadas en la cama.

Candela para su relato. Está tan decepcionada de sí misma que le cuesta seguir hablando. Jamás se había involucrado con una subalterna, primero porque siempre ha sentido rechazo de aquellos que por tener un rango mayor sienten que pueden ir detrás de cualquiera y segundo porque Candela siempre ha sido una mujer fiel y, aunque cada día que pasa se dé cuenta de que su matrimonio no funcionaba desde hace años, ella estaba casada y le debía respeto a su mujer.

—¿Cuántas veces os habéis acostado? —pregunta Raquel Martínez instándole a continuar. Sí la abogada está asombrada por la historia, no lo demuestra.

—Solo una vez —aclara Candela con rapidez—. Fue un polvo, Raquel, uno de una noche y

ya está, pero Cristina se lo tomó de otra forma. Hablé con ella y le dije que a pesar de que lo había pasado bien, no se podía repetir.

—¿Se lo tomó mal?

—Fatal —cabecea Candela—, a partir de ahí empezó a acosarme, las tres o cuatro veces que me cruzaba con ella se convirtieron en diez o doce. No le entraba en la cabeza el por qué no dejaba a mi mujer y salía con ella si mi matrimonio no iba bien.

Raquel levanta ambas cejas con asombro y Candela aprovecha de soltarlo todo. Le cuenta que una tarde, la cabo Cristina Andrade se presentó en su apartamento y habló con Miriam para contarle el desliz que habían tenido y exagerar sobre lo que había pasado entre ellas.

—Cuando llegué a mi casa, encontré mi ropa en el suelo y a mi mujer al borde de un colapso. Tuvimos una discusión muy fuerte y me echó de casa. Solo me dio tiempo a recoger lo necesario e irme —explica la militar recordando como Miriam gritaba como una loca mientras tiraba muchas de sus cosas a la basura—. No me dejó ni explicarme, ¿sabes? Fue un día muy duro y además se quedó con mi perro.

Raquel no quiere opinar, pero piensa que, si ella estuviese en esa situación, quizás no sabría controlar la ira al saber que su mujer la engañaba con otra mientras se suponía que estaba trabajando.

—A los dos días, Cristina apareció y me pidió una cita —sigue contando Candela—, dijo que ahora que no había nada que me atara, podríamos estar juntas. Le dejé muy claro que nunca tendría nada con una loca que se presenta en mi casa para contarle a mi mujer que nos habíamos acostado.

—Entiendo que no le gustó tu respuesta —habla Raquel, quien lleva ya tres páginas de su agenda repleta de anotaciones.

—Entiendes bien, en ese momento no supe identificar su mirada, pero días después, cuando llegó la denuncia, entendí que esa tarde sus ojos habían pasado de ilusionados a llenos de odio. Esa chica no quiso aceptar una negativa como respuesta y decidió joderme.

—Hay algo que no entiendo, Candela —dice Raquel con el ceño fruncido—, ¿por qué no la denunciaste tú cuando comenzó a acosarte?

—Pensé que era una rabieta, Raquel. Que se le pasaría cuando se encaprichara con otra o se diera cuenta de que lo nuestro solo fue un desliz de una noche. Pero está claro que me equivocaba.

—Y tanto que sí. El que ella te haya denunciado a ti te hace perder toda credibilidad y parece que te hayas inventado toda esta historia para intentar parecer inocente —suelta Raquel

dejando boquiabierta a Candela.

—Cristina Andrade se obsesionó conmigo y no supe ver las consecuencias, pero yo no soy culpable más que de acostarme con una mujer estando casada —dice Montero, enfadada con ella misma y con la vida.

—¿Algún testigo que pueda declarar que Cristina te seguía?

—No, fuimos muy discretas, sobre todo porque todos en la base saben que estoy casada — la vergüenza en la voz de Candela llena el despacho, pero no tanto como la decepción que tiene pintada en la cara Raquel Martínez y que la teniente no logra entender.

—No te voy a mentir, Candela, lo tienes complicado. Si llegamos a juicio tienes todas las papeletas para que te condenen —Raquel lo explica con la seguridad que le otorga llevar años trabajando en este tipo de casos.

—Algo podrás hacer, ¿no?

Raquel levanta las cejas.

—Soy abogada, no el mago de Aladdín. La denuncia es clara, una teniente va detrás de una subalterna, no deja de molestarla y ella por miedo a que imponga su rango, no dice nada. Pero al enterarse de que su superior está casada, recurre a su mujer con la esperanza de que pare de acosarla y como no ve resultado, la denuncia —finaliza Raquel como si estuviese leyendo un relato de terror.

Si Candela abre una vez más la boca ese día, la mandíbula se le va a desprender. Cada alegato, pregunta o comentario que suelta Raquel le confirma, una vez más, que fue una imbécil que pensó con el coño y la rabia, y ahora paga las consecuencias.

—Voy a hablar con el abogado de la acusación —habla la letrada después de esperar durante unos minutos a que la militar recupere el color del rostro—. Mi estrategia por ahora se basará en intentar que Cristina Andrade se retracte y retire la denuncia.

—¿Crees que lo hará?

—No la conozco ni sé hasta dónde puede llegar, pero es algo que ya he hecho en otras ocasiones y, varias veces, he logrado llegar a un acuerdo. Prepararé bien mi baza y luego, si aceptan la reunión, te prepararé a ti.

—¿A mí? —pregunta la teniente Montero sin entender nada.

—Sí, estos acuerdos se hacen con las dos partes al completo, reunidas —explica Raquel mientras busca el número del abogado de la cabo Andrade—, te llamaré en cuanto sepa algo.

Candela se despide de su abogada y sale arrastrando los pies. De esa tranquilidad que tenía

cuando llegó al bufete no queda nada. Siente una presión extraña en el pecho y no sabe qué hará con la incertidumbre que tiene hasta que se lleve a cabo esa famosa reunión. No es vidente, es militar, pero Candela tiene un mal presentimiento.

CAPÍTULO 8

Decidida a cumplir la promesa que se ha hecho de reconducir su vida, Candela pasó por un supermercado cuando salió del despacho de la abogada e hizo una buena compra. Cuando llegó a su casa, limpió la nevera, guardó las cosas y se preparó la primera cena decente que se llevó al estómago en las últimas semanas.

Esta mañana se ha despertado muy temprano, despejada, y tras hacer el ejercicio habitual —la única rutina que no ha perdido— se ha dedicado a limpiar su patio de malas hierbas que ya tiene en un saco de rafia junto a la puerta para tirar en cuanto salga. Ha limpiado las tumbonas y ha guardado una en la pequeña caseta de madera que tiene en un rincón a modo de trastero, porque esa era la que utilizaba Miriam las pocas veces que conseguía convencerla para pasar el fin de semana en esa casa.

Candela mira su patio con las manos apoyadas en la cintura. Se ha imaginado muchas veces cómo lo decoraría si algún día se trasladasen a vivir allí de manera definitiva. Observa una de las paredes y decide que ahí pondrá varias macetas porque le encantan las plantas, en otro de los rincones piensa plantar algún árbol pequeño y comprará una pérgola que pondrá en el medio para dar sombra a la mesa y las cuatro sillas de mimbre que piensa comprar esta misma tarde. Sonríe por primera vez en días, su patio no es muy grande, pero es un pequeño rincón muy agradable que ya se está imaginando con todo lo que piensa hacerle y se alegra de tener una pequeña motivación. Entonces desvía la mirada hacia una esquina, donde tiene un cuenco vacío de agua que suele poner cuando va allí con su perro, y algo se le tuerce en el estómago, sabiendo que no podrá ser feliz ahí si no recupera a su mascota, a la que decidió llamar Susto porque casi le da un pismo cuando fue a la protectora de animales con Miriam y ambas se sobresaltaron cuando el perro más feo que habían visto nunca, las miró temblando desde un rincón de su jaula. Candela se enamoró de él en cuanto lo vio y quiso llevárselo, pero Miriam puso todo tipo de excusas y al final salieron de allí igual que habían entrado, hasta que días después, su mujer se presentó en su casa con el perro como regalo para su cumpleaños. Candela lloró de alegría y ha cuidado a Susto como si fuera un hijo desde entonces, el problema es que como fue Miriam la que lo sacó de la protectora, el perro está a su nombre.

La teniente está sentada en el suelo del patio mientras piensa en la manera de recuperar a su perro cuando le suena el teléfono y el nombre de Raquel Martínez aparece en la pantalla.

—Hola, Raquel.

—Buenos días —saluda la letrada—, te llamo porque ya he acordado una reunión con el abogado de Andrade. Será esta tarde a las cinco en mi bufete, pero quiero que tú te vengas una hora antes para que hablemos y te explique cómo irá la cosa, ¿de acuerdo?

—Sí, claro.

—Bien, si quieres nos encontramos en el bar de la esquina y así salgo un poco de aquí, que hoy no tengo juicios y me voy a pasar el día en el bufete —propone la abogada.

—De acuerdo, nos vemos allí a las cuatro.

Candela llega diez minutos antes de lo acordado. Está tan nerviosa ante la idea de tener que encontrarse de nuevo con Cristina, que solo tiene ganas de pedirse una copa para adormecer un poco su cerebro, pero contiene las ganas y se pide un refresco, que le sirven justo cuando llega Raquel.

—Te veo mucho mejor que ayer —asiente complacida la abogada.

—Digamos que intento poner en orden mi vida —responde Candela.

—Eso es bueno.

Raquel pide un café y se sienta.

—Bueno, vamos al lío antes de que se nos eche el tiempo encima —decide la abogada.

Candela la mira fascinada. Raquel no solo le parece una mujer atractiva físicamente, sino alguien muy interesante y con una elegancia natural que pocas veces ha visto.

—Claro —dice y carraspea.

—Anoche estuve leyendo el informe de la denuncia detenidamente —explica Raquel.

—¿Anoche? —la interrumpe Candela sorprendida—. ¿Es que no duermes?

Raquel la mira como si hubiera hecho una pregunta estúpida y después recuerda que lo que no es normal, es llevarse el trabajo a casa como hace ella de manera habitual.

—Digamos que a veces me paso trabajando. El caso es, que después de leer el informe hasta tres veces, me di cuenta de que realmente Cristina Andrade tampoco tiene ninguna prueba que demuestre ese acoso del que habla, es su palabra contra la tuya.

—Eso es bueno, ¿no? —pregunta Candela esperanzada.

—Vamos a dejarlo en que no es el peor de los casos. Vamos a agarrarnos a eso y a tirar por ahí para tratar de persuadirla de que se desdiga y retire la denuncia.

—¿Y si no lo conseguimos? —pregunta la teniente.

—Entonces probaremos con el dinero, al final, es lo que buscan la mayoría de las personas que denuncian falsamente, sacar tajada.

—No me lo puedo creer —bufa Candela.

Raquel hace una mueca.

—Lo sé, pero dada tu situación, te conviene ceder. ¿Hasta cuánto puedes llegar?

—Madre mía —Candela sigue cabeceando—, yo que sé, veinticinco, treinta mil como máximo.

—De acuerdo —Raquel toma nota en su agenda—. Si llega el caso, le ofreceré tres mil y ya se irá viendo.

Candela parpadea sorprendida, pero no dice nada.

—Bien, acábate eso y subamos, quiero estar allí antes de que lleguen para que no piensen que consideramos que su tiempo vale menos que el nuestro.

—Está bien.

—Una cosa más —dice Raquel cuando van de camino a la sala de reuniones.

—Dime.

—Te quiero callada durante toda la reunión, saludas y punto, lo demás es cosa mía.

—Pero...

—Pero nada, Candela, tienes que dejarme trabajar.

—¿Y si ella me habla?

—Si su abogado es bueno, ya le habrá advertido de que no lo haga, y si lo hace, no quiero que contestes. Si no sabes qué hacer, me miras a mí, ¿entendido?

—Entendido.

Las dos mujeres entran y se sientan en el lugar que Raquel indica. Ni cinco minutos después, Cristina Andrade y su abogado entran en la sala acompañados por Azucena. Candela nota que el corazón se le desboca, sobre todo cuando Cristina la mira con suficiencia, como jactándose de lo que le está haciendo pasar. La expresión de la denunciante no pasa desapercibida para Raquel, pero ya no tiene tiempo de advertirle a Candela que no entre en sus provocaciones, solo le queda rezar.

—Bien —dice la letrada tras saludarlos y agradecerles que hayan accedido a la reunión—, he estado leyendo la denuncia y también he hablado con mi clienta sobre todo lo sucedido. Entiendo que te hayas podido sentir confundida, Cristina, pero Candela fue muy clara al explicarte que no quiere tener nada y la única que, en cualquier caso está sufriendo acoso aquí, es Candela.

—¿Qué? —espetta Cristina.

Raquel alza una mano y le pide que la deje seguir hablando.

—Escúchame —dice dócil para sorpresa de Candela—, no te estamos acusando de nada, está claro que todo esto es un malentendido y me parece que lo más inteligente es retirar la denuncia—. Está vez, mira al abogado contrario—, usted sabe que no hay ninguna prueba que sustente lo que afirman, si vamos a juicio, les va a costar mucho demostrarlo. ¿Por qué no acabamos con esto aquí y ahora? Podemos ser civilizados y ahorrarles impuestos a los contribuyentes.

—Ni hablar —dice Cristina, mirando a su abogado de manera inquisitiva, esperando a que él hable por ella.

—Cristina —irrumpe de nuevo Raquel—, lo único que vas a conseguir si sigues adelante con esto es acabar con la carrera de Candela, y estoy segura de que no es eso lo que buscas.

La risotada despectiva de Cristina sorprende a la letrada y llena de rabia a Candela.

—Escúcheme bien, abogada —dice Cristina—, no voy a retirar nada salvo que Candela me dé lo que quiero —dice y mira a la teniente.

—Está bien —cambia de táctica Raquel, comprendiendo que Cristina es mucho más retorcida de lo que se había podido llegar a imaginar—, podemos llegar a un acuerdo económico y...

—¿Económico? —interrumpe Cristina con una risotada siniestra, dirigiendo su mirada hacia Candela—. Con tu dinero me limpio yo el culo, teniente. Quiero que sepas que pienso llegar hasta el final y te joderé todo lo que pueda —la provoca y Candela cae sin que Raquel pueda hacer nada para pararla.

—Eres una mentirosa hija de puta —se levanta la teniente cargada de impotencia—, te lo has inventado todo y lo sabes...

—Candela, siéntate —le pide Raquel cogiéndola del brazo.

—No pienso sentarme, joder. Está mintiendo y si sigue con esta mierda me va a hundir. ¿Dónde se supone que está aquí la justicia? —pregunta indignada.

Raquel también se levanta cuando comprende que Candela está descontrolada, justo lo que Cristina buscaba.

—Me parece que la reunión ha concluido —dice el abogado, cerrando su carpeta antes de pedirle a Cristina que se levante—. Buenas tardes.

Ambos salen por la puerta y Raquel se aprieta el puente de la nariz mientras suspira. Candela apoya las manos sobre la mesa y baja la cabeza tratando de contener las ganas de correr tras ellos y coger a Cristina por el pelo y estamparla contra una pared para ver si logra que se centre.

—Perfecto, Candela —dice Raquel haciendo que se gire—, acabas de cargarte la única oportunidad que teníamos de llegar a un acuerdo.

—¿Qué acuerdo? —se exalta la teniente—. Ya la has visto, no íbamos a llegar a ningún sitio.

—No trataba de convencerla a ella, joder, sino a su abogado. Es él el que me interesaba que escuchase la oferta para que la convenciera después de que era lo único que iba a sacarte. Estas cosas van así.

Candela la mira boquiabierta.

—Te dije que me dejases trabajar y, en cuanto te provoca un poco, tú caes como una pardilla. Has de ser más lista que esa cría, joder.

La teniente comprende de inmediato que la abogada tenía una estrategia, pero no es culpa suya que no se la haya explicado antes.

—Sinceramente, me da igual lo que pase, Raquel, ya lo he perdido todo. Gracias a esa zorra me he quedado sin trabajo y sin perro, no pienso regalarle también mi dinero.

—También ha roto tu matrimonio —le recuerda Raquel, sorprendida de que no haya nombrado a su mujer.

—Mi matrimonio ya estaba roto antes de que llegara Cristina —aclarla la teniente—. Busca una solución que no requiera un acuerdo económico, Raquel, no pienso pagarle ni un euro a esa hija de puta —zanja Candela, saliendo por la puerta y dejando a la abogada con la palabra en la boca y mil preguntas en la mente.

CAPÍTULO 9

—¿Tienes un minuto? —pregunta Raimundo González asomando media cabeza en el despacho de su socia.

—Para ti, siempre —sonríe Raquel Martínez y se quita las gafas de lectura.

—Ya veo por qué las tienes locas a todas —dice Raimundo haciendo alusión a ese carácter meloso que, de vez en cuando, muestra Raquel.

La abogada suelta una risotada relajante al escuchar a su socio. Es cierto que jamás ha tenido problemas para ligar, y mucho menos para conquistar a una mujer, pero lleva varios años tan inmersa en su trabajo que ni siquiera se esfuerza por buscar pareja, se conforma con el sexo exquisito que le ofrece Vanesa, sin compromiso, como a ella le gusta. Hasta ahora. Raquel de repente siente una punzada en el corazón, últimamente la soledad la está molestando como nunca y si bien no hace ni el ademán de pensar en algo serio, echa en falta el compartir con alguien algo más que jadeos y humedad.

—Te tengo una sorpresa —anuncia Raimundo trayendo de vuelta a Raquel y moviendo un documento en el aire que en sus manazas parece minúsculo—, pero te adelanto que no te va a gustar.

—Déjame ver —dice Raquel, a la que el gesto le ha cambiado de pensativo a intrigado.

La abogada frunce el ceño al comprender las palabras de su socio mientras lee la denuncia que tiene en la mano. La mujer de su representada, la teniente Candela Montero, ha interpuesto una denuncia en su contra, acusándola de robarle a su mascota.

—No me lo puedo creer —susurra Raquel mientras se masajea las sienes con ambas manos y su socio esconde una sonrisa.

—Te dije que no te haría mucha gracia —repite Raimundo—, ¿estás segura de que el caso de esta mujer merece la pena, Raquel?

Raquel lo mira y suspira pesadamente.

—La merece —contesta—, pero estas tonterías son intolerables para mí. Le expliqué mis condiciones antes de empezar a trabajar con ella y no para de meterse en líos como una

adolescente. En serio, no la entiendo.

—Sabes que confío en ti y, tal y como te dije, si has decidido defenderla, me parece bien, pero si te va a traer más dolores de cabeza que otra cosa, yo me lo pensaría —zanja el hombre, que se levanta con dificultad de la silla—. En fin, voy a picotear un poco, que me muero de hambre, ¿quieres que te traiga algo?

—No, se me ha cerrado el estómago, además, ahora mismo voy a llamar a Candela y a ponerla en su sitio. Y Rai —lo llama Raquel cuando su socio abre la puerta para salir del despacho—, gracias por apoyarme siempre.

Raimundo González le sonrío con calidez, adora a Raquel y así como ella ha estado para él en todo momento, él jamás dudará en apoyarla cuando ella lo necesite.

Raquel lanza varias maldiciones al aire cuando llama a la militar, dos veces, y ésta no le contesta. Le manda un mensaje pidiéndole que la llame, pero al cabo de quince minutos su bandeja de entrada sigue vacía. Raquel no se lo piensa, busca la dirección de Candela en su ficha, recoge su bolso y sale del bufete dispuesta a plantarse en la casa de la teniente y hacerse escuchar.

—¡Joder! Entonces es cierto —confirma Raquel Martínez cuando Candela abre la puerta y delante de ella aparece el perro más feo que ha visto jamás.

Candela la mira con los ojos muy abiertos, sabía que tenía que responderle las llamadas a su abogada, pero había decidido darse una tregua y pasar por el despacho al día siguiente para explicarle lo que había hecho. Ni en un millón de años esperaba que una mujer tan ocupada como Raquel Martínez, apareciera en su casa.

—¿Qué es cierto? —pregunta Candela con gesto inocente para intentar ganar tiempo.

—Que le has robado el perro a tu mujer, Candela, ¿es que no te cansas de meterte en problemas?, ¿qué coño tienes en la cabeza? —pregunta la abogada levantando el tono de voz, pero no tanto como hubiera querido.

—Susto es mío, no de Miriam. A ella ni siquiera le gustan los perros y no cuidaba bien de él. El pobre ha perdido peso y tenía el pelo lleno de nudos —responde Candela y se agacha a acariciar al animal, que jadea y suelta babas como si viniera de perseguir conejos.

Raquel, que no aparta la mirada del animal, entiende a la perfección el motivo por el que el perro lleva ese nombre. Es un bicho de tamaño mediano y pelaje gris. Le falta el ojo izquierdo y tiene la mandíbula desviada, lo que hace que su lengua sobresalga del hocico en medio de varios dientes torcidos. Un cuadro de lo más espantoso, pero eso queda en segundo plano al ver como Candela sonrío mientras le pasa la mano por el lomo y esos ojos, que estaban tan apagados, ahora

brillan al tener a Susto a su lado.

—¿Me vas a dejar pasar? —pregunta la abogada—, tenemos que hablar.

—Sí, perdona. Pasa, por favor —la invita cortés—, ¿quieres tomar algo?

—No —responde Raquel tajante—, te dije que tengo unas normas, Candela, ¿o se te ha olvidado? —pregunta mientras deja que Susto le olfatee las piernas.

—Lo sé, pe...

—Nada, Candela, que no hay excusa. Te doy la última oportunidad porque me parece muy rastrero lo que Cristina Andrade te está haciendo, pero como hagas algo más, te buscas a otro abogado que te aguante —Raquel la interrumpe con la sangre alborotada. No recuerda haber tenido a una clienta tan rebelde como la militar—. Ya puedes devolverle el perro a tu mujer para que retire la denuncia.

Candela está sobrepasada y esas horas de felicidad que ha pasado junto a Susto se desvanecen de golpe al escuchar las palabras de Raquel. La teniente Montero, de repente, rompe a llorar como una niña pequeña, las lágrimas le bañan el rostro y un hipido incontrolable la domina por completo. Raquel, que no se esperaba esa reacción, se queda tiesa durante unos segundos hasta que decide acercarse para intentar consolarla.

—Cálmate, Candela, no quiero que te dé algo —dice Raquel y le pasa una mano por la espalda.

—No puedo —moquea Candela—, por favor, Raquel, tienes que ayudarme. No hagas que devuelva a Susto. Miriam solo busca joderme, la muy hipócrita quiere hacerme daño porque me acosté con otra mujer.

Raquel la mira confundida, pero decide que en otro momento le preguntará por esa hipocresía que dice que tiene Miriam. Algo en Candela la enternece por dentro y Raquel hace algo que jamás pensó que haría: ceder.

—Está bien. Voy a hablar con tu mujer —dice seria y mirándola a los ojos—, trataré de llegar a un acuerdo con ella para que te quedes con Susto, pero te lo advierto, una metedura de pata más y te quedas sola, Candela.

—Te prometo que me convertiré en tu mejor cliente, pero llega a ese acuerdo, Raquel. Susto es imprescindible en mi vida —dice Candela limpiándose la cara.

Raquel mira a Susto, que hace espasmos exagerados, parece que esté a punto de morir y no que esté durmiendo plácidamente a los pies de su dueña.

Se despide de la militar y llama a su socio para que vaya preparando un acuerdo que

ofrecerle a Miriam Guzmán que no pueda rechazar. Quiere quitársela de encima, estos inconvenientes solo hacen que Raquel no pueda centrarse en la denuncia de acoso en contra de Candela.

—Dime, Raquel —contesta la teniente Montero cuando su teléfono suena unas horas después de que la abogada se haya marchado.

—Vente a las seis de la tarde al bufete, tu mujer ha aceptado reunirse con nosotras.

—¿Tan rápido? —se sorprende Candela.

—Sí, no ha puesto pegos que vayan más allá de quejarse porque tiene que desplazarse.

—No me sorprende, típico de ella —dice la militar negando con la cabeza, aunque su interlocutora no pueda verla.

—De más está decirte que tienes que comportarte, la conversación la llevaré yo —le recuerda la abogada.

—Tranquila, me ha quedado claro.

La teniente Candela Montero sale con tiempo de su casa y llega con bastante antelación al centro de Madrid. Se toma un café con leche en el bar que está frente a Martínez – González & Asociados y cuando está lista, entra al bufete dispuesta a ofrecer todo el dinero que su mujer le pida con tal de cederle a Susto.

—La abogada Martínez la espera en su despacho —le indica Azucena, que parece estar todo el día allí.

—Tu mujer ya ha llegado —le dice Raquel levantándose de su silla—, vamos y acabemos con esto de una vez.

Raquel y Candela caminan por el pasillo hasta llegar a la misma sala donde, días atrás, se reunieron con Cristina Andrade. Al entrar, la mirada de Miriam Guzmán se clava en su mujer y Candela lee tal desprecio en sus ojos que no puede evitar sentir un puñetazo directo en la boca del estómago.

—Buenas tardes —Raquel rompe el momento incómodo al darse cuenta de la situación—, si no le importa, me gustaría comenzar, mi clienta y yo tenemos otra reunión en unos minutos.

—Cuanto más rápido acabemos con esto, para mí mejor —suelta Miriam mirando al frente.

—Queremos llegar a un acuerdo por el bien de ambas partes —explica la abogada Martínez en tono conciliador—, teniendo en cuenta vuestra separación y su ajetreada vida, señora Guzmán, pienso que lo mejor es que Susto se quede con la teniente Montero.

—¿Teniente? ¿A esta no la habían echado? —pregunta Miriam con tono burlón e hiriente.

Candela respira, no cometerá el mismo error que hace unos días cuando abrió su boca en contra de la cabo Andrade. Lo que no entiende es ese odio que siente su mujer por ella cuando Miriam le demostró, ya hace tiempo, que si seguía casada con ella era por mera costumbre.

—La teniente Montero —repite Raquel—, está suspendida, pero sigue conservando su rango. En todo caso, este no es el tema que nos ha traído a esta reunión. Queremos ofrecerle mil euros para que Candela sea la dueña legal de Susto. Usted ya no tendrá que encargarse de la mascota, sus necesidades ni sus gastos. Por supuesto, con este acuerdo, usted también retirará la denuncia que interpuso en contra de mi clienta.

Miriam se enfoca en Candela y una media sonrisa retorcida se le dibuja en los labios. A la militar se le acelera el corazón, conoce a su mujer y cuando se le mete en la cabeza algo, lucha hasta el final para conseguirlo. Teme que esa desproporcionada sed de venganza que parece tener evite que la mujer firme el acuerdo. Pero cuando Miriam le habla a la abogada, Candela vuelve a respirar.

—Dos mil euros y le firmo los documentos ahora mismo —suelta Miriam.

—Acepto —dice Candela Montero bajo la mirada atónita de Raquel, que pensaba rebatir hasta bajar la exigencia de Miriam.

El trámite apenas tarda diez minutos más y tras estrechar la mano a Raquel, Miriam sale del despacho con tal rapidez que parece que, en vez de recibir dinero, lo estuviese robando.

—Bueno, todo ha salido bien, aunque si te hubieses quedado callada, la broma no te hubiese salido tan cara —dice Raquel recogiendo las carpetas que estaban sobre la mesa.

—Para mí Susto no es ninguna broma, Raquel. Si me hubiese pedido cinco mil euros, también se los hubiera dado —explica Candela con el rostro serio —, no te voy a engañar diciéndote que he tenido una vida de mierda, pero ese bicho ha estado a mi lado en los momentos más duros y es lo más importante que tengo.

Raquel no sabe qué decir, le asombra y conmueve a partes iguales ese amor tan incondicional que siente la teniente por Susto.

—Ya es tuyo oficialmente, Candela —dice Raquel.

Candela sonrío de un modo tan sincero que a Raquel se le remueve algo por dentro.

—¿Te puedo preguntar algo personal? —dice la abogada, que ya no puede más con la curiosidad.

—Claro.

—El otro día dijiste que tu matrimonio ya estaba roto antes de que apareciese Cristina. ¿Qué os pasó?

Candela hace una mueca y se reacomoda en la silla mientras busca la mejor manera de explicarlo.

—Dicho de manera resumida, Miriam comenzó a engañarme con otra. Me enteré de su aventura cuando ya llevaban meses liadas.

Raquel la mira boquiabierta sin poder evitar que las cejas se le eleven.

—Hablé con ella, tuvimos una discusión muy fuerte y me juró que la había dejado, así que le di otra oportunidad porque soy así de imbécil, pero al cabo de un par de meses me enteré de que estaba con otra diferente.

—Joder —dice Raquel, que sigue ojiplática.

—Ahí me hundí del todo, es cuando comprendí que mi matrimonio ya no tenía solución y fue cuando apareció Cristina. Para mí era como un soplo de aire fresco, y no te voy a negar que me subió mucho la autoestima sentirme deseada por una chica más joven cuando era evidente que mi propia mujer ya no me quería.

Raquel está a punto de soltarle que a ella le parece una mujer muy deseable, pero se muerde la lengua a tiempo.

—Y el resto ya lo sabes. Cristina se presentó en mi casa con el rollo del acoso y Miriam decidió creerla porque así tenía una excusa para decir que nuestro matrimonio se rompió por mi culpa y no por la suya.

—Qué hipócrita —escupe Raquel indignada—, si me lo hubieras contado antes, habría buscado algo con lo que joderla y Susto te habría salido gratis.

Candela suelta una sonrisa triste.

—No me importa pagar por Susto, además, es lo único que me une a ella. Ya me ha enviado los papeles del divorcio y como no tenemos nada a medias, en cuanto firme no tendré nada más que ver con ella.

—Es mejor que pienses así —dice Raquel—, porque te necesito muy centrada si queremos evitar que Cristina Andrade se salga con la suya.

CAPÍTULO 10

Candela está sorprendentemente tranquila. Esta es la primera mañana que ha amanecido con Susto oficialmente, despertándose con los lametazos y el pisoteo de sus patas para indicarle que era el momento de sacarlo. La teniente se ha levantado y le ha abierto la puerta del patio, después se ha hecho un café, ha limpiado lo que su perro ha ensuciado y los dos llevan toda la mañana ahí. Ella ha hecho sus ejercicios y ahora sigue con su objetivo de convertir ese lugar en el más acogedor de la casa mientras Susto está tumbado sobre un cojín viejo que Candela ha puesto bajo la ventana de la cocina, el primer lugar por el que empieza a dar el sol.

De vez en cuando lo mira, todavía sin creerse que por fin está con ella. Susto parece que más que dormir se haya desmayado, tumbado de lado con la lengua fuera apoyada sobre el cojín. Candela sonrío y le hace una foto, es tan feo que resulta hasta gracioso. Está poniendo la imagen en su perfil cuando recibe una llamada de la abogada.

—Hola, Raquel —saluda sentándose al lado de su perro, que ni siquiera se inmuta porque ya está un poco sordo.

—Buenos días, te llamo porque necesito que te pases por aquí para firmarme un par de documentos. No es algo urgente, no hace falta que vengas expresamente, hazlo cuando te acerques al centro para otra cosa, te pasas por aquí y los firmas, se los dejaré a Azucena.

Candela está a punto de contestarle que sí, que lo hará pronto, pero se queda callada porque algo se le acaba de pasar por la cabeza.

—Candela, ¿estás ahí?

—Sí, es que estaba pensando...

La teniente duda y la abogada comienza a ponerse nerviosa.

—¿Qué piensas? No te estarán entrando ganas de robar nada, ¿verdad? —tantea la letrada sorprendiendo a Candela con su humor sarcástico, eso la envalentona.

—No, robar no. Lo que estaba pensando es que me gustaría invitarte a comer para agradecerte todo lo que estás haciendo por mí —suelta Candela.

Eso coge a Raquel con el pie cambiado. La abogada se pone muy nerviosa porque no se lo

esperaba y no sabe qué decir.

—Supongo que no es algo que hacen tus clientes normalmente —explica Candela—, y si te hace sentir incómoda olvídale, no pasa nada.

—Acepto —responde la abogada.

Hay dos motivos claros por los que ha aceptado la invitación, el primero es porque hoy su socio va a estar todo el día fuera y no le apetece comer sola y, el segundo, es porque se siente muy atraída por Candela y tiene ganas de conocerla un poco en el plano personal, aunque solo sea un rato.

—De acuerdo —a Candela le entra un nerviosismo repentino que la hace levantarse y dar vueltas por el patio ante la expectación de ver a la abogada para algo que no sea hablar de su caso—. ¿Te parece bien en mi casa? Así no tengo que dejar a Susto solo ahora que acabo de recuperarlo —propone mirando al perro, que se acaba de girar y se ha puesto panza arriba con las patas traseras completamente abiertas.

—Me parece bien. Te llevaré los documentos y así ya dejamos eso arreglado.

—Genial, gracias.

—Bien, pues me paso sobre las dos cuando salga del despacho.

—Aquí te espero.

En cuanto cuelgan, Candela entra corriendo en su casa y abre la nevera y el congelador para ver qué tiene. No pretende hacer algo muy elaborado porque se trata de una comida informal, pero tampoco quiere recibirla con unos huevos fritos. Al final, saca carne para hacer su famoso estofado, lo acompañará con una ensalada y de postre cortará unas fresas, que mezclará con yogur y miel.

Raquel llega a las dos y cuarto y Candela la recibe junto a Susto, que ladra un par de veces a la intrusa mientras la abogada se pregunta si ese único ojo del perro la mira a ella o al marco de la puerta.

—Calla, Susto, que ya la conoces —dice Candela y se hace a un lado.

La teniente está nerviosa. Le preocupa mucho que su comida no le guste a la abogada o que no sepan de qué hablar mientras comen. La ve caminar delante de ella y sus ojos desobedecen a su mente cuando recorren la figura de Raquel no solo con descaro, sino con un agrado que hacía mucho tiempo que no sentía. La abogada es tan alta como ella, cosa a lo que Candela, que mide casi un metro ochenta, no está acostumbrada y resulta que le gusta, como también le gusta su elegancia al vestir, el brillo de su melena o lo entallado que lleva el traje, tan pegado a su cuerpo,

que a Candela no le cuesta imaginársela sin ropa.

La abogada se detiene sin saber a dónde ir y la teniente, absorta en sus oscuros pensamientos, casi se la lleva por delante.

—Perdona —se disculpa muy cerca de Raquel, que nota un repentino calor subirle por el cuerpo.

Mira a la teniente y se hace a un lado mientras piensa que, definitivamente, tener al perro le hace bien, porque Candela tiene una expresión radiante que no le había visto hasta ahora y, además, esos vaqueros y la camiseta básica que lleva, le dan un aspecto informal y al mismo tiempo seductor, que está desconcentrando a la abogada.

—Lo he preparado todo para comer en el patio aprovechando que hace sol —explica Candela señalando la puerta del fondo de la cocina.

La luz entra a raudales por la ventana y Raquel puede ver una mesa marrón en medio del patio con una silla a cada lado bajo un parasol.

—Qué maravilla —exclama Raquel sin apartar la mirada.

Candela sonrío complacida y abre la nevera.

—¿Cerveza?

Raquel duda, después tiene que volver al despacho, pero se lo piensa y llega a la conclusión de que, si la copa de vino que se suele beber con Raimundo cada día no le afecta el razonamiento, tampoco lo hará la cerveza, y le apetece mucho.

—Por favor.

—Sal y ponte cómoda, yo enseguida iré llevando la comida —le dice Candela.

—Ni hablar, te ayudo.

Candela no puede negarse porque Raquel ya le ha quitado los platos de las manos.

—Espero que te guste la carne, no te he preguntado si comes de todo —hace una mueca Candela.

—Menos algas y caracoles, creo que me gusta toda la comida —responde Raquel para alivio de la teniente—, y esto huele que alimenta —olfatea el ambiente igual que Susto.

—De verdad que te agradezco todo lo que has hecho por mí, Raquel —dice Candela cuando se sientan a comer.

—No has de agradecermelo, es mi trabajo, Candela, y te voy a cobrar por él.

—Ya lo sé —Candela sonrío y Raquel nota un corrientazo entre las piernas que la hace

cruzarlas con nerviosismo.

Está segura de que es la primera vez que ve sonreír de verdad a la teniente, y si en su expresión más sombría ya le parecía atractiva, ahora le ha parecido una mujer tan espectacular, que no le sorprende esa obsesión que alguien enfermizo como Cristina ha desarrollado por ella.

—Pero sé que no soy una mujer fácil —sigue hablando Candela, ajena al trastorno que su sonrisa ha provocado en la letrada—, no he hecho más que complicarte las cosas e invitarte a comer es lo mínimo que puedo hacer para darte las gracias por ayudarme a recuperar a Susto y aguantarme.

—Bueno, técnicamente, a Susto lo recuperaste tú, yo solo lo he legalizado para que no sigas acumulando denuncias —dice Raquel tratando de quitar hierro al asunto.

Candela vuelve a sonreír y la abogada cambia la cerveza por un trago de agua porque siente la garganta demasiado seca.

—Aun así, gracias —dice Candela.

—Por una comida tan buena como esta, te aseguro que ha merecido la pena —dice Raquel terminando de rebañar el plato con un trozo de pan.

—¿No me vas a cobrar entonces? —bromea Candela.

—Por supuesto que sí, y si has mirado mis tarifas, ya habrás visto que no soy nada barata —la señala con el dedo Raquel.

Candela asiente y le da un trozo de carne a Susto, que lanza el bocado demasiado desviado y muerde el aire. Candela tiene que utilizar la otra mano para sujetarle la cabeza y llevarle el trozo a la boca mientras Raquel observa la escena perpleja.

—Es que no ve muy bien por el ojo que le queda —explica Candela.

—¿Cuántos años tiene?

—Trece —Susto prácticamente se traga el trozo sin masticar y empieza a menear el rabo de un lado a otro esperando otro. Raquel se da cuenta de que tiene el rabo torcido, pero prefiere no mencionarlo, sin embargo, no consigue retener lo que piensa cuando escucha la edad del perro.

—¿Has pagado dos mil euros por un perro que está a punto de morirse?

Candela alza la mirada con la cara descompuesta solo de pensar en la muerte de Susto.

—Dios mío, perdona, no quería decir eso —se apresura a decir Raquel, con las mejillas ardiendo de bochorno—, es solo que...

—Nunca has tenido un perro, ¿verdad? —pregunta Candela mientras acaricia la cabeza de

Susto.

—No, la verdad es que no.

—Entonces no puedes entenderlo —Candela le sonríe—. Ellos nunca te fallan, siempre están ahí, estés bien o estés mal, te miran con el mismo cariño.

A Raquel se le remueve algo por dentro al escucharla, aunque es incapaz de identificar lo que significa. Mira a Susto de nuevo, descubriendo que el perro es tan feo, que le provoca ternura.

Cuando terminan de comer, comienzan a entrar platos a la cocina y Raquel los va enjuagando mientras Candela los va metiendo en el lavavajillas.

—Bueno, debería ir marchándome —dice Raquel comprobando la hora.

Las dos están en la cocina y de repente se ha hecho un silencio incómodo que ninguna sabe cómo rellenar.

—Sí, claro, tienes que trabajar —dice Candela—. Gracias por todo otra vez —repite presa del nerviosismo.

—Es mi trabajo, Candela, pero recuerda que a partir de ahora tienes que mantener un perfil bajo —responde Raquel, a la que también le cuesta mucho pensar con claridad—, de verdad que nunca me he encontrado con una clienta que me provoque tantos dolores de cabeza, y menos una a la que no estaba segura de querer representar —suelta y el ceño de Candela se frunce, ofendida por ese último comentario.

—¿Sigues sin confiar en mí? —pregunta Candela.

Raquel tarda en responder, básicamente porque es un detalle en el que ni siquiera ha pensado, pero su silencio desata la furia de Candela, que tiene la mecha muy corta con todo lo que tiene que ver con ese tema de la denuncia.

—Si a estas alturas todavía no confías en mí y solo me defiendes porque te lo ha pedido Virginia, lárgate de mi casa y olvida mi caso, me buscaré a otro abogado —dice tan pegada a ella, que Susto ladra porque está celoso.

A Raquel el corazón le late muy deprisa, pero no es por las palabras de Candela, es porque al tenerla tan cerca, ya no es capaz de controlar esa corriente interna que le provoca y la abogada deja de pensar con la cabeza para dejarse llevar por la humedad que tiene entre las piernas.

Candela no la ve venir, por eso se excita el doble cuando una mano de Raquel la agarra por el cuello de la camiseta y la otra va directa a su entrepierna mientras la empuja hasta la pared que tiene detrás. Los labios de Raquel se estrellan contra los suyos al mismo tiempo que su espalda

impacta en las baldosas de la cocina. La mano de Raquel presiona sobre su sexo de tal modo, que a Candela la invade una ola de calor y excitación tan repentina, que las descargas de placer y deseo son inmediatas.

Se deja llevar por la ansiedad de contacto y se desabrocha el pantalón para que Raquel pueda acceder a su sexo por debajo de la ropa mientras se devoran la boca con tanta ansia, que apenas pueden respirar.

Un gemido sordo escapa de la boca de Candela cuando Raquel le hunde los dedos dentro. La teniente está tan cachonda que siente las manos muy torpes cuando busca la cremallera del pantalón de Raquel para bajárselo. La letrada la detiene, la quiere sumisa mientras la folla porque le encantan tanto los temblores de excitación de Candela, como los suspiros cada vez más fuertes que le va arrancando.

—Estás mojadísima —susurra la abogada, deseando que se corra para llevarse los dedos a la boca cuando acabe.

Candela solo puede asentir con la cabeza, entregada a ese vaivén de los dedos largos de Raquel en su interior, que no tardan en encontrar el ritmo que le gusta y conducir a la teniente hacia un orgasmo tan salvaje, que le resulta imposible retrasarlo cuando comienza a formarse en su interior.

—Joder —jadea Candela agarrada al cuerpo de Raquel mientras recupera el aliento.

La abogada, que está tan cachonda que siente que le explotará la entrepierna si Candela no hace algo pronto, sonrío satisfecha por el efecto provocado.

—Bájate el pantalón —exige la teniente mientras arrastra una silla y la coloca justo detrás de Raquel.

La letrada obedece, mareada de tanto deseo, y se sienta en la silla cuando Candela la empuja. La teniente se arrodilla frente a ella, le separa las piernas mientras observa con los ojos convertidos en dos rendijas la humedad que traspasa la ropa interior de Raquel.

—Creo que este será el mejor postre que me voy a comer nunca —susurra Candela con la voz ronca antes de apartar la tela hacia un lado y recorrer toda la intimidad de Raquel de un solo lametazo que la tensa y le arranca un gemido, justo antes de que la teniente empiece a chuparla y a recorrerla con la lengua.

CAPÍTULO 11

Raquel gira su cuerpo quedando en medio de una cama inmensa y mullida. Suspira a gusto y tira un poco de la sábana para taparse mejor. De repente, el olor que entra por sus fosas nasales no es al que está acostumbrada y, de inmediato, se da cuenta de que no está en su casa. Abre los ojos como si a su lado hubiera sonado un petardo inesperado y su memoria la lleva al día anterior en el que estaba con Candela disfrutando de una comida deliciosa, la posterior discusión que tuvieron y, finalmente, a ella misma a cuatro patas en el sofá mientras la militar la follaba sin descanso. Siente como vuelve a mojarse y se reprende cuando baja la mano hasta su entrepierna para aliviarse. Gira la cabeza sin saber qué está buscando, pero con la certeza de encontrarse sola en la habitación, entonces observa que su móvil descansa en la mesa que está a un lado de la cama y lo coge para revisar la hora. Suspira con alivio cuando ve que aún es pronto y tiene tiempo de pasar por su casa para cambiarse de ropa y asistir a un juicio en los juzgados de Madrid.

Se levanta sintiéndose dolorida, aunque la abogada tiene sexo a menudo con Vanesa, asume que la militar parece no tener fin. Estira los músculos y empieza a vestirse con el mismo traje que llevaba puesto el día anterior y que está doblado sobre una silla que tiene Candela en la esquina de la habitación y en la que Raquel también disfrutó de otro maravilloso orgasmo. Mueve la cabeza en un intento de sacar de su mente esos recuerdos y sale de la habitación hacia el patio, quedándose paralizada cuando ve a la teniente Montero ataviada con una ropa deportiva que deja ver sus abdominales y sus piernas torneadas mientras hace dominadas.

—Buenos días —sonríe Candela Montero en cuanto ve a la abogada—, ¿has dormido bien? Tienes café recién hecho en la cocina.

A Raquel no le salen las palabras, está tan nerviosa como dispersa. No solo porque Candela sea irresistiblemente sexy y una amante excepcional, sino porque cree que ha cometido un gran error involucrándose con ella, al menos por ahora que es su clienta. Una, además, que está metida en un buen lío y que sigue casada con una mujer a la que parece importarles más el dinero que lo que pueda ocurrirle a la militar. Es Susto quien empuja a la abogada a abrir la boca cuando el animal empieza a correr hacia ella, emocionado al verla y chocando con sus piernas

cuando calcula mal el espacio.

—Hola —dice la abogada alisándose la americana que lleva puesta como si eso pudiera teletransportarla a otro lugar—, tengo que irme ya.

A Candela se le borra la sonrisa de un plumazo y junta las cejas, confundida.

—¿Estás bien? —pregunta la militar dando unos pasos hacia la abogada.

—Sí —confirma una mentirosa Raquel—, es que tengo un juicio muy temprano y tengo que pasar por mi casa antes para ducharme y cambiarme el traje.

—Creo que tenemos una talla parecida, si quieres puedes revisar mi armario. No tengo tan buen gusto como tú, pero algo te servirá —dice amable y se detiene frente a Raquel sin invadir su espacio personal porque tiene una sensación que no le gusta y evita agobiarla.

—Tengo que pasar por mi casa —repite la abogada como si estuviera leyendo un guion—, ahí están los documentos que tengo que llevar al juzgado.

—Vale —Candela no sabe qué más decir viendo la frialdad de su abogada. Todo lo contrario a la tarde de ayer donde no solo se arrancaron orgasmos en varios sitios de su casa, sino que también hablaron, se conocieron mejor y disfrutaron como dos mujeres adultas que son.

Raquel se despide con un escueto movimiento de mano y se da la vuelta para salir de la casa de la militar. Se sube en el coche y conduce tan envuelta en sus pensamientos que casi no se da cuenta de todo lo que ha hecho hasta que se topa de frente con Raimundo González, que la espera, como es habitual, en la puerta de los juzgados de la zona centro de Madrid. A su socio también lo saluda con rapidez alegando que van justos de tiempo y no quiere entrar tarde.

—¿Me puedes explicar qué te pasa, Raquel? Desde que has llegado has estado distraída y apenas has hablado —la interroga Raimundo, que está sentado frente a ella en un bar comiéndose un bocadillo de lomo con queso.

Cuando han salido del juicio, el hombre le ha dicho que no aguantaba el hambre y ambos han cruzado la calle para saciar el apetito del abogado.

—Perdona, Rai. Es que estoy hecha un lío.

—¿Ha ocurrido algo? —se preocupa el hombre, que para de comer ante el temor de una mala noticia.

Raquel se queda en silencio y se acaricia la nuca, no sabe cómo reaccionará su socio si ella le cuenta la verdad, pero necesita soltarla antes de ahogarse con ese pensamiento.

—Me he acostado con Candela —se confiesa sintiendo que ha liberado parte del peso que siente al verbalizar esa aventura que tuvo con su cliente.

Su socio limpia con parsimonia la grasa que le ha quedado en los labios después de devorar las patatas fritas que tenía en su plato y le habla a su compañera con honestidad.

—¿Solo es eso lo que te tiene así?

—¿Solo? Joder. Es una metedura de pata, Rai. Me siento avergonzada —dice escondiendo la cara entre las manos.

—A ver, Raquel, no es para tanto —suelta Raimundo González—, aunque es mejor evitar ese tipo de situaciones, creo que las dos sois lo suficientemente adultas como para llevarlo bien.

—Tú sabes que yo no soy de esas mujeres que se lían con sus clientas, Rai. De hecho, estoy en contra de quienes lo hacen, pero no sé qué me pasó.

—No te comas más la cabeza —Raimundo pone una de sus manazas en las de su socia cubriéndole las dos por completo—. No pudiste resistirte, eres humana. Esa militar está de muy bien ver.

Raquel lo mira y estalla en una sonora carcajada que hace que el camarero levante la cabeza y deje de lavar los vasos. La abogada jamás ha escuchado a su socio hacer un comentario fuera de lugar, más bien cuando tiene que opinar sobre algún hecho pasado de tono, utiliza un vocabulario que parece sacado de otro siglo.

—Sí —afirma Raquel aún con la sonrisa en los labios—, sí que está de buen ver.

—Pues ya está, si tanto te mortifica, haz como si no hubiese pasado nada y tan amigas, ¿no crees?

Raquel Martínez jamás ha tenido ese problema, si se acuesta con una mujer no da ninguna explicación cuando se despide de ella y mucho menos piensa en qué hacer al respecto. Simplemente sigue con su vida y cuando tiene ganas de pasárselo bien otra vez, llama a Vanesa, que comparte su manera de pensar y no hay momentos incómodos entre ellas. La abogada siente un escalofrío recorrerle el cuerpo porque siente que esta vez es diferente, a Candela la lleva en la cabeza prácticamente desde que la conoció y después de probar su piel, Raquel no tiene tan claro que pueda seguir el consejo de su socio, porque con la militar sí que ha pasado, ha pasado y mucho.

CAPÍTULO 12

A Candela la paz le ha durado poco, si recuperar a Susto había logrado calmarla y ayudarla a sobrellevar la situación tan dura que está atravesando, ese encontronazo inesperado con Raquel y su comportamiento tan frío de esta mañana, la tiene con la mente ardiendo desde que la letrada se ha marchado de su casa.

La teniente no es estúpida, Raquel le gusta, probablemente desde que la vio el primer día en el despacho, pero es consciente de que apenas se conocen y que, aunque ayer quedó más que probado que sexualmente conectan a la perfección, eso no significa nada. Sin embargo, ella es una mujer de las que necesita tener las cosas claras y dejarlo todo hablado. Es adulta y no espera nada de la letrada, pero sí que quiere poder hablarlo con ella unos minutos, saber lo que opina Raquel al respecto y tanto si la atracción es mutua como si no lo es, zanjar el tema para que no vuelva a haber momentos incómodos entre ellas como el de esta mañana, básicamente porque Raquel es su abogada y si su presencia también la tiene que poner nerviosa, Candela tiene un problema serio.

Por eso ahora resopla mientras vuelve de pasear a Susto con el móvil en la mano. Es la segunda vez que ha llamado a Raquel a lo largo del día y la segunda que la letrada le ha dado largas alegando que está muy ocupada para atenderla si no es algo urgente. Le quita el collar a Susto cuando entra en su casa y se queda junto a la puerta, nerviosa, con el móvil en la mano mientras duda, hasta que se decide y marca el número de la única persona que ella y la abogada tienen en común, su amiga y superior Virginia Robles.

—Dime que tienes un rato para vernos —suelta Candela en cuanto Virginia la saluda.

La capitana se ríe y, para alivio de Candela, le dice que si quiere se pasa por su casa, que no está lejos.

—Genial, aquí te espero.

Virginia llega veinte minutos más tarde y Candela la abraza como si llevaran cinco años sin verse.

—¿Estás bien? —pregunta Virginia apretándola con fuerza.

—He tenido momentos mejores —bromea Candela y le hace un gesto para que entre.

Virginia se agacha para saludar a Susto y le hace unos cuantos arrumacos.

—¿Cómo está el perrito más feo del planeta? —le pregunta la capitana al animal, que mueve la cola torcida a toda velocidad mientras ella sigue acariciándole la cabeza.

—No te metas con mi perro —Candela le da una suave patada en el culo a Virginia y ella se levanta sonriente.

—Él sabe que lo quiero.

—Ya —sonríe Candela con los ojos en blanco—. ¿Cerveza?

—Claro.

—¿Dónde está Marta?

—Acabo de dejarla en casa de su amigo Adrián. Yo iba a pasar por la óptica cuando me has llamado, pero ya iré mañana.

—¿Eres una señora mayor que necesita gafas? —bromea Candela.

—Hace tiempo, y tú no te rías que seguro que dentro de poco ya te toca ir a por unas.

—No creo que tarde mucho, últimamente se me mezclan las letras cuando leo.

La teniente sonríe y bebe un trago mientras desvía la mirada hacia su perro con gesto pensativo.

—¿Cómo va todo? —pregunta Virginia poniéndose seria.

—Lento —resume Candela suspirando—, además no se lo estoy poniendo muy fácil a tu amiga Raquel —reconoce y hace una mueca inocente.

Virginia suelta una carcajada y meneas la cabeza.

—Pues no sé si te conviene enfadarla, tiene bastante carácter.

—Lo sé, ya lo he comprobado. ¿La conoces bien? —tantea Candela, que no sabe cómo abordar el tema que le está devorando los sesos.

—Bueno, no en profundidad, pero sí lo suficiente como para afirmar que es buena tía.

—¿Cómo os conocisteis? —curioseas la teniente.

Virginia carraspea y da un buen trago de su cerveza.

—¿Qué pasa? —pregunta Candela descolocada.

—¿Te acuerdas de esa mala racha que pasé con Marta cuando estuvimos en Burgos?

—Sí, claro.

Candela lo recuerda todo perfectamente, porque cuando Virginia regresó de allí, todavía venía muy tocada y, tras desahogarse con ella, fue la teniente la que la estuvo acompañando a visitar apartamentos hasta que se decidió por uno.

—¿Y recuerdas también que tuve un desliz con una abogada estando allí?

—¡No! —exclama Candela boquiabierta antes de que una sonrisa maquiavélica se expanda por su cara—. ¿Era Martínez?

—Era Martínez —confirma la capitana—. Ella era la abogada a la que había contratado el soldado que desapareció en aquella base.

—Ostras, qué casualidad —arquea las cejas Candela.

—Ya ves, aquel tonto se quedó en eso, pero desde entonces no hemos perdido contacto. Congeniamos bien y me parece una tía muy legal.

—¿Y Marta qué opina sobre que mantengas amistad con la mujer a la que estuviste a punto de tirarte? —entorna los ojos Candela, disfrutando de ese momento de chismorreo.

—Pues al principio no le hacía mucha gracia, pero ahora no le importa. Nosotras estamos bien, sabe que la quiero a ella y que no me interesa nadie más por muy buena que esté Raquel.

Candela guarda silencio. A ella no le molesta ese roce que hubo entre su amiga y la abogada, pero ahora no deja de preguntarse si Raquel lo ve del mismo modo que Virginia o si quizá ella sí que alberga algún tipo de sentimiento por la capitana. Ese pensamiento le provoca una sensación incómoda que reconoce como celos, y eso la sorprende.

—Ayer me acosté con Raquel —suelta de sopetón y las cejas de Virginia se elevan como un ascensor.

—¿En serio? —ahora es la capitana la que no se aguanta la sonrisa.

—Muy en serio y muchas veces —reconoce Candela, también sonriendo.

—Vaya —dice Virginia sin saber qué más aportar.

—Sí, vaya —suspira Candela—, por eso te he llamado en realidad, porque tú la conoces más.

—Espera, ¿te gusta Raquel? —Virginia se inclina hacia delante sonriendo.

—No, bueno a ver, sí que me gusta, pero no soy imbécil. Soy consciente de mi situación actual y de que ella y yo apenas nos conocemos. No espero nada, Virginia, de verdad, pero sí poder tener una conversación adulta con ella y aclarar esto para que no sea incómodo cada vez que nos veamos, porque esta mañana ha sido muy fría y cortante al marcharse y yo que sé, no esperaba que me diera un beso ni nada parecido, pero ese comportamiento infantil tampoco.

—¿Y qué esperas exactamente?

—Que hable conmigo, que dejemos las cosas claras y ya está. No quiero tener que cambiar de abogada porque ahora resulta que estar las dos en la misma sala es más incómodo que tener que ver cómo me mira Miriam.

—Pues habla con ella —resuelve Virginia sin comprender nada.

—Es que ese es el problema, Robles, que me da largas y no sé cómo tengo que interpretar eso.

—¿Te preocupa que se haya enganchado?

—A mí a estas alturas me preocupa todo, joder —dice y las dos se echan a reír.

—No sé, sobre ese tema yo no he hablado en profundidad con Raquel, pero al menos desde que yo la conozco, siempre ha estado centrada en su trabajo y no le ha interesado nada que implique un compromiso después.

Candela asiente, en el fondo, decepcionada, pero que la abogada pase de ella tampoco es el mayor drama de su vida ahora mismo, tiene cosas más importantes de las que ocuparse.

—¿Y qué hago? ¿La ignoro y si quiere hablar del tema lo hablamos y si no, pues nada?

—Quizá sea lo mejor, si quisiera hablarlo, no te habría dado largas, aunque también me cuesta imaginarla huyendo de nada.

—De acuerdo —hace una mueca de disgusto Candela.

—¿Por qué pones esa cara? —sonríe Virginia.

—Porque a mí me agobia no dejar las cosas claras, ya lo sabes, pero bueno, toda mi vida ahora mismo ya es un caos, no vendrá de otra cosa más.

—Siento que estés pasando por esto, en serio —Virginia le coge una mano.

—Lo sé, y no sabes cómo me alegro de haberte conocido, Virginia —se sincera Candela—. Eres la única persona que todavía cree en mí, incluso mi propia abogada todavía desconfía.

—Dale un poco de tiempo, ya sabes que la mayoría de los abogados se comportan como si tuvieran un palo metido por el culo.

—No me hables de su culo —se tapa la cara con las manos la teniente ante la carcajada repentina de Virginia.

CAPÍTULO 13

La teniente Candela Montero no sabe qué hacer, ha recogido, ha limpiado el patio y hasta ha paseado a Susto dos veces más desde que la capitana Robles se ha ido de su casa. Ayer Virginia estuvo un par de horas haciéndole compañía, no tocaron más el tema de Raquel para no crearle a Candela más desasosiego, pero sí hablaron de su trabajo y lo bien que se siente desempeñando esa labor. En algún punto de la conversación, la teniente sintió un vacío en el pecho causado por la suspensión que tiene y la envidia sana que siente porque su amiga Virginia vaya acabando con la corrupción en las bases españolas. Un trabajo ideal que poco a poco dejará fuera de combate a personas tan malvadas como Cristina.

Pero ayer estuvo entretenida y hoy no. Así que decide machacarse el cuerpo como lo ha venido haciendo desde que se ha quedado sin trabajo, porque ese tiempo que emplea en hacer dominadas, pesas o saltar a la cuerda, hace que su mente deje de pensar en toda la mierda que le está cayendo encima. Justo cuando está acabando una serie de saltos, su teléfono móvil suena haciendo que el corazón de Candela se acelere aún más. Pero se queda quieta durante unos segundos al no reconocer el número desde donde la llaman.

—¿Diga? —contesta Candela.

—Candela, soy Cristina. Por favor, no cuelgues —se apresura a pedir la cabo Cristina Andrade.

A Candela se le corta la respiración y la cabeza se le pone caliente de la ira que siente. No tiene ni idea del por qué esa mujer la está llamando, pero una cosa clara sí que tiene; la cabo es una sinvergüenza.

—No puede llamarme, cabo Andrade, le recuerdo que usted interpuso una denuncia de acoso en mi contra —habla Candela apretando los dientes.

—Lo sé y lo siento —contesta Cristina haciendo una pausa—, créeme que estoy arrepentida de lo que hice.

La teniente Montero intenta descubrir si lo que ha escuchado de boca de su interlocutora es real o solo ha sido producto de su imaginación, porque le cuesta creer que esa mujer que hace

días juró que iba a joderla, ahora esté pidiendo perdón por su miserable actitud.

—Retira la denuncia entonces sí eso es cierto —le pide Candela sin un ápice de simpatía.

—Lo haré, pero quiero que hablemos antes, Candela, no necesitamos abogados para resolver esto. Vamos a vernos y zanjamos este asunto —propone Cristina Andrade.

Candela no se fía, no puede sacarse de la cabeza los ojos bañados de odio de la cabo el día que Raquel intentó llegar a un acuerdo con ella.

—Lo mejor es que vayas a retirar la denuncia y que tu abogado hable con la mía —reitera Candela desconfiada.

—Quiero explicarte por qué actué de esa manera —insiste Cristina—, después si quieres vamos juntas a retirar la denuncia y de allí a ver a tu abogada. Podemos vernos hoy en la zona en la que vivo, la comisaría no está lejos.

Candela sigue sin estar del todo segura, pero decide aceptar. Al fin y al cabo, quedarán en una zona pública y si algo se tuerce, se subirá a su coche y se marchará, pero si todo lo que dice Cristina es verdad, Candela se libraría de la mierda más grande que le ha salpicado en la vida.

—De acuerdo —dice la teniente—, dame la dirección.

Cristina le explica cómo llegar a su casa y le dice que a las tres de la tarde ella la estará esperando detrás del edificio. Cuando Candela cuelga la llamada, se le dibuja una sonrisa de emoción en la cara a la vez que medita si llamar o no a su abogada para que esté al tanto de lo que va a suceder. Decide hacerlo, ya ha hecho cabrear varias veces a Raquel y no quiere esconderle que quedará con Cristina para resolverlo todo. Para su disgusto, la abogada no contesta y la teniente no sabe si es porque está realmente ocupada o porque no quiere hablar con ella después de la maratón sexual del día anterior. En todo caso, la militar sigue con la idea de continuar el plan, así que mira la hora y empieza a prepararse para el encuentro.

Cuando faltan diez minutos para las tres de la tarde, la teniente Montero llega a una zona residencial alejada de la ciudad. Por la hora que es, no hay ni un alma por allí más que algún coche aparcado en la zona habilitada para ello. Ella se baja del suyo y echa un vistazo sin encontrar a Cristina, pero como todavía es pronto, mata el tiempo y los nervios revisando su móvil por si Raquel la ha llamado o escrito un mensaje. Ni lo uno ni lo otro y eso a Candela la enfurece y confunde a partes iguales, pero no tiene tiempo de pensar en nada más porque escucha unos pasos acercarse a ella con tranquilidad. La teniente alza la mirada y no puede creer lo que ve, la cabo Cristina Andrade camina en su dirección ataviada con un vestido minúsculo, medias y tacones. Tiene la mirada felina y la melena suelta que le cae en cascada.

—Hola, Candela —saluda Cristina, melosa, para desconcierto de la teniente que no le

devuelve el saludo—, veo que has sido tan puntual como siempre.

—Quiero dejar este asunto atrás, así que he venido a la hora que me has dicho —es lo único que puede decir Candela, que no entiende por qué Cristina ha aparecido así vestida y sin duda, no para de coquetear.

—¿Por qué no te relajas? Te noto muy tensa —dice la cabo Andrade y le pone una mano en el pecho a Candela para luego subirla hasta la nuca y acercar sus labios a los de ella.

La teniente abre los ojos cayendo en cuenta de lo estúpida que ha sido. Cristina no quiere arreglar las cosas de la manera que ella imaginaba, lo que quiere es que Candela ceda y salga con ella, que sean pareja o lo que demonios siempre ha pretendido Cristina Andrade. Candela da varios pasos hacia atrás y evita que la cabo la bese.

—No he venido a esto, Cristina —responde con dureza Candela—, quiero que retires la puta denuncia y me devuelvas la vida que me has arrebatado. Te repito que lo que pasó entre tú y yo fue un desliz, algo que nunca debió ocurrir y que mucho menos tiene futuro alguno.

De repente esa mirada seductora y melosa con la que había llegado Cristina, cambia para convertirse en una cargada de locura, odio y decepción. La cabo Andrade le da un fuerte manotazo en el pecho a una Candela que no se lo espera y, tras esto, empieza a lanzarle golpes con los puños a varias partes del cuerpo. La teniente Montero sube ambos brazos para cubrirse de la ráfaga de hostias que está recibiendo, pero no se atreve a nada porque sabe muy bien que, con su fuerza y entrenamiento, como decida defenderse, va a hacerle mucho daño a Cristina.

—Eres una hija de puta, lo has jodido todo —grita Cristina fuera de sí sin detener su ataque.

—Cálmate, Cristina, vamos a hablarlo —dice Candela intentando que la mujer deje de golpearla.

—¿Hablarlo? —pregunta riendo como una lunática—, yo soy la mujer de tu vida, pero te empeñas en no verlo.

De un momento a otro, Cristina se queda quieta. Candela baja un poco los brazos que le servían como escudo y, en cuanto ambas se miran a los ojos, la cabo Andrade esboza una sonrisa tétrica que hace que a Candela se le pongan los pelos de punta.

—Te voy a joder por lo que me has hecho.

Es lo único que dice Cristina antes de girarse y empezar a darse cabezazos contra el coche de la teniente para luego abofetearse ella misma y arañarse todo lo que puede. Candela tarda unos segundos en salir de su estado de shock y se abalanza sobre ella para que deje de hacerse daño. A la teniente lo único que le falta es que la cague un perro, porque cuando está forcejeando

con Cristina, escucha la sirena de una patrulla de policía que se acerca a ellas a toda velocidad. Como si de una película se tratara, el coche derrapa y de él se bajan dos agentes, una mujer y un hombre que empiezan a gritar corriendo hacia ellas.

—Suéltela y aléjese de ella —grita el agente masculino mientras la otra coge a Candela por las caderas y en un movimiento rápido, la tira al suelo.

—Yo no he hecho nada —es lo único que dice Candela con la cara pegada al asfalto. Si no hubiese estado desprevenida, la agente no hubiese podido ni apartarla de donde estaba.

—Me ha pegado —solloza Cristina, que al parecer tiene un ataque de ansiedad—, apenas he podido defenderme de ella.

Candela gira el cuello como poseída, dispuesta a levantarse y darle la paliza que se merece, pero la agente adivina sus intenciones y le clava la rodilla en la espalda de forma tan contundente, que el dolor la deja paralizada.

En cuestión de minutos, Candela Montero está llegando a la comisaría, esposada y custodiada por los dos agentes que no le quitan el ojo de encima y la miran como si fuera una maltratadora muy peligrosa. La teniente siente rabia, pero sobre todo vergüenza y decepción de ella misma. Se siente la mujer más estúpida del universo por pensar que podría salir del lío en el que está metida de una manera tan sencilla.

—Quiero hacer una llamada —suelta Candela cuando le están tomando los datos—, necesito hablar con mi abogada.

Candela Montero sabe lo que se le viene encima y solo ruega que la astucia de Raquel Martínez la ayude a salir del lodazal en donde se ha vuelto a meter de la manera más estúpida.

CAPÍTULO 14

Candela no soporta la mirada taladrante de Raquel cuando está firmando los papeles que le permiten irse de la comisaría con la abogada. Ni siquiera la ha saludado al llegar, permanece ahí de pie, a su lado, tan elegante como siempre, atormentándola con ese aroma a rosas frescas que desprende y que endulzó la tarde de Candela hace veinticuatro horas. Mataría por retroceder en el tiempo, volver a los brazos de Raquel y quedarse estancada ahí, el único sitio donde consiguió no pensar en nada que no fueran ellas y lo que hacían.

—Ya está —dice la teniente deslizado las hojas sobre la mesa.

El agente las coge y comprueba que ha firmado donde debe.

—Gracias, ya puede marcharse.

Candela se gira hacia Raquel, pero la abogada ya se ha dado la vuelta y camina con paso diligente hacia la puerta.

—Sube —ordena la letrada después de abrir el coche con el mando.

La teniente obedece, entre nerviosa y avergonzada por no haber sido capaz de prever que Cristina iba a jugársela de nuevo.

—Te lo puedo explicar —intenta decir Candela.

—Cállate —la corta de manera abrupta la abogada.

Si Candela está nerviosa y aterrorizada por si Raquel cumple su palabra y abandona su caso después de que ella haya vuelto a cagarla, la letrada, además de tener un enfado monumental; está asustada. Le da mucho miedo lo que le pueda pasar a Candela a partir de ahora, porque esta agresión contra Cristina la hace parecer culpable de todo y, por mucho que ella se esfuerce en su defensa, no conseguirá librarla de esta.

Candela obedece y se abrocha el cinturón, al menos, no la ha dejado tirada por ahora y por lo que deduce, Raquel la está llevando a su casa. La teniente piensa en Susto y se tranquiliza un poco, al menos él, cuando la vea, solo se alegrará de su presencia, sin juzgarla.

Cuando llegan, Candela respira con alivio al ver que Raquel aparca el coche. Ambas se

bajan y van en ese silencio tenso hasta la entrada, donde Candela abre y Susto las recibe loco de contento. Raquel no está para celebraciones, pero viendo la alegría del perro, no le queda más remedio que agacharse y acariciarle la cabeza mientras él mira a la derecha en lugar de mirarla a ella.

—Estoy aquí, Susto —dice y chasquea los dedos frente a él, que abre más el ojo y la enfoca moviendo el rabo a toda velocidad.

—¿Quieres beber algo? —pregunta Candela mientras observa la escena.

—Después de lo que acaba de pasar necesito un lingotazo de los fuertes, pero al contrario que tú, yo sí que tengo dos dedos de frente y me controlo —dispara Raquel al levantarse—. ¿En qué coño pensabas, Candela? —explota la letrada.

—En arreglar mi problema, Raquel —Candela, hastiada, hace un aspaviento con la mano y se da la vuelta para ir a la cocina y llenar un par de vasos de agua.

—Arreglar tu problema —la sigue Raquel, atónita—. ¿Darle una paliza es arreglar el problema?

Raquel ha leído la declaración de Candela, sabe que, según su versión, ha sido Cristina la que le ha pegado a ella y después se ha puesto a darse golpes contra su coche. Después de haberla conocido, Raquel la ve capaz de eso y de más, pero necesita confirmar que Candela ha contado la verdad y por eso la acusa, para ver su reacción. La teniente se detiene en seco y se gira en redondo mordiéndose la parte interior de los labios, después baja la cabeza y se pinza el puente de la nariz, agobiada y cansada de repetir la misma historia.

—Yo no le he hecho nada, Raquel, te lo juro —dice desbordada.

Raquel la observa en silencio. Candela tiene unas marcas rojas al lado de la oreja, un par de arañazos en el cuello y otros tantos en los brazos. Está hundida y Raquel solo tiene ganas de abrazarla, pero está tan cabreada que permanece quieta frente a ella.

—Cuéntame qué hacías allí con ella.

Candela alza la mirada y suspira. Está segura de que Raquel ya lo sabe todo, que habrá leído su declaración, y le molesta que la haga volver a repetirse, pero también sigue ahí, todavía no la ha dejado tirada, así que lo mínimo que le debe, es responderle.

—Me dijo que iba a retirar la denuncia, pero que primero quería hablar. Yo qué sé —Candela sacude la cabeza—, dijo que si nos veíamos y aclarábamos las cosas, después iríamos a retirar la denuncia.

—¿Cómo has podido ser tan estúpida de caer en una trampa tan tonta, Candela? —pregunta Raquel, incrédula.

—A lo mejor, si estuvieras en mi situación habrías hecho lo mismo —protesta Candela irritada.

—Si hubiera estado en tu situación, haría caso a mi jodida abogada, Candela.

—Te llamé y no me cogiste el maldito teléfono, así que no me vengas con eso —rebate la teniente.

—No te lo cogí porque estaba ocupada, y déjate de excusas, ya te dije en su momento que no te acercases a ella, que te estuvieras quietecita y no te metieras en más líos, ¿y qué haces tú? En cuanto te llama y te cuenta una de sus historias fantásticas, caes como una tonta —le reprocha Raquel descontrolada.

Raquel se acerca a Candela en actitud desafiante, está alterada y muy nerviosa y, lo que espera, es que la teniente entre al trapo, que se defienda, que discuta y la deje con la palabra en la boca como suele hacer siempre, pero Candela esta vez no se mueve y tampoco habla, solo permanece quieta, desbordada.

—¿No dices nada? —se exalta Raquel.

—¿Qué quieres que diga? Tienes razón —contesta Candela con una actitud sumisa que deja descolocada a la abogada.

—¿Tengo razón? —pregunta para asegurarse de que ha escuchado bien.

Candela no sabe si la intenta provocar de nuevo, pero asiente, agotada y rendida, a la espera de que la abogada la mande a paseo y le diga que se busque a otra. Raquel la mira con el corazón a punto de explotarle dentro del pecho y un creciente hormigueo en la entrepierna que la empuja contra la teniente, cogiéndola por sorpresa cuando la abogada la empotra contra la pared, le acuna fuertemente la cara entre las manos y le devora la boca mientras presiona su pelvis contra la de Candela.

La teniente tarda un segundo en encenderse como la llama de un mechero y otro en reaccionar y dejar que sus manos se agarren con fuerza al cuerpo de Raquel, que jadea contra ella como si fuera lo único que ha deseado en años.

—¿Podemos ir a tu habitación? —sisea la abogada entre los besos que está repartiendo por su oreja.

Candela asiente y le cuesta encontrar el momento para interrumpir sus caricias, cogerla de la mano y arrastrarla con prisas hasta su cama.

—Necesito saber si me crees —dice Candela un tiempo indescifrable después, cuando ambas están tumbadas en su cama, agotadas y satisfechas.

Raquel se gira y apoya la cabeza sobre su mano mientras observa el torso desnudo de Candela unos instantes, después sube la mirada hasta buscar sus ojos y le aparta el pelo de la cara.

—¿De verdad piensas que me acostaría contigo si pensara que eres una acosadora o una persona agresiva? —pregunta Raquel y le da un beso en los labios.

Candela suspira con alivio, se abraza a ella y cierra los ojos.

CAPÍTULO 15

—Sí ya eres preciosa, después de correrte tu belleza se multiplica —dice Candela dándole un beso a Raquel para después saltar fuera de la cama.

Raquel suelta una carcajada que inunda por completo la habitación.

—No seas zalamera, anda —responde la abogada, que también se levanta y le da un cachete en el culo a la teniente —, aquí la guapa eres tú.

Las dos mujeres se miran, sonrían y se dan un beso casto. Desde que el día anterior Raquel tuvo claro que Cristina Andrade era más peligrosa de lo que se había imaginado, empezó a mover los hilos para buscar hasta debajo de las piedras el historial completo de la cabo. Quiere saberlo todo; estudios, parejas, familiares, multas de tráfico y hasta aficiones, está segura de que puede encontrar algún hilo, por muy fino que sea, por el que tirar y darle a Candela la oportunidad de demostrar su inocencia. La letrada no es tonta, sus años de experiencia le dicen que la teniente Montero lo tiene complicado, pero eso no va a impedir que ella saque todas las armas que tiene.

—¿En qué piensas? —pregunta Candela que, mientras pone una cafetera, ve a Raquel mirando a la nada.

—En trabajo —miente a medias la abogada—. Tengo varios juicios la semana que viene y un sinfín de citas con nuevos y antiguos clientes.

—Deberías trabajar menos —suelta Candela sin pensar e intenta explicarse al ver las cejas levantadas de Raquel—. No me malinterpretes, sé que te encanta lo que haces, pero desde que te conozco siempre estás en el despacho o en los juzgados.

—O sacándote de los calabozos —dice la abogada con una mueca de burla en los labios.

Candela amplía su sonrisa y se acerca a Raquel para cogerla de la cintura.

—Lo dicho, siempre trabajando —la militar le da un beso en los labios.

—Raimundo, mi socio, siempre me dice lo mismo. No digo que no tengáis razón, pero mi problema es que me cuesta fiarme de la gente —confiesa Raquel—. Para él no ha sido difícil, ha delegado muchas de sus tareas a otros abogados del bufete, pero cuando yo lo he intentado,

acabo trabajando el doble porque no puedo evitar supervisar que todo se esté haciendo bien.

—Lo entiendo, yo antes era así, pero tuve que aprender a confiar sobre todo cuando lo que delegas no es una investigación o algo parecido, sino tu vida en combate —le cuenta Candela mientras termina de poner en una bandeja las rebanadas de pan que acaba de sacar de la tostadora, el tomate, el aceite y las tazas de café—. Ven, vayamos a desayunar fuera, hoy hace un día estupendo.

Las dos atraviesan la reja que da al patio trasero y Raquel respira el aire fresco que le devuelve el día tan despejado. Desde la primera vez que fue a casa de Candela, la abogada quedó encantada con el sitio, primero porque está lejos del bullicio propio de la ciudad, la contaminación y la gran cantidad de personas y segundo porque la casa, a pesar de ser amplia, es muy acogedora con un espacio soleado en el que disfrutar cosas tan sencillas como tomar allí el desayuno un fin de semana.

—Me encanta tu patio —verbaliza Raquel sus pensamientos—, tu casa es encantadora. Es todo muy tranquilo por aquí.

La militar sonrío y no puede evitar que Miriam viaje por su mente recordando el odio que siempre tuvo por esa casa.

—Por eso la compré —confiesa Candela y deja la bandeja sobre la mesa donde suele comer cada vez que puede—. Estaba buscando una segunda residencia, algo donde poder escapar algunos fines de semana o vacaciones, en cuanto me la enseñaron —a Candela le brillan los ojos—, supe que sería mía.

—Tomaste una buena decisión, a mí la ciudad me agobia y me encantaría poder tener un refugio donde desconectar por unos días.

—Puedes venir aquí cuando quieras, Raquel —le dice la militar mirándola a los ojos.

A la abogada se le atasca la garganta, no sabe cómo tomar esa invitación, si como algo casual o algo más formal. La teniente Montero parece leerle la mente, porque deja la taza de café sobre la mesa y alarga una mano para coger la de Raquel.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo, Raquel. Te has portado como una campeona con mi caso, no me has abandonado y te estaré siempre agradecida. Aunque no voy a negarte que mi invitación tiene truco, sería genial que te pasaras por aquí de vez en cuando, follas muy bien.

Raquel le suelta un manotazo en el brazo y Candela suelta un aullido de dolor exagerado para luego hacer un puchero infantil. Susto, que llevaba rato dormitando a los pies de su dueña, se levanta de golpe y empieza a correr hasta la pared que tiene al frente para ladrar como si un ladrón estuviese entrando a su propiedad. Las dos mujeres lo observan y Candela cabecea.

—El pobre ya es que no se entera, se cree que el grito ha venido de la calle y piensa que está frente a la puerta defendiendo su casa, en fin —suspira la militar—. Volviendo al tema, me gustaría hablar de las dos, de lo que está pasando entre nosotras.

Raquel vuelve a tensarse, pero a Candela le gusta ser clara.

—No sé qué esperas de esto, Candela, pero yo estoy muy bien así. En este momento no busco complicarme, ya estuve casada durante mucho tiempo, desde muy joven y cuando esa relación acabó, me centré de lleno en mi carrera hasta ahora —confiesa la abogada, impresionando a Candela por ese dato desconocido—. Me va bien así, me lo paso genial contigo y estoy a gusto sin tener ningún compromiso de por medio.

—Por mi perfecto, Raquel. Yo tampoco busco nada serio, mucho menos en la situación que estoy. Además de que sigo casada con Miriam, te aseguro que no tengo cabeza para meterme en una relación amorosa —explica la militar con los ojos muy abiertos cuando acaba la frase—. Solo necesitaba aclarar las cosas, confirmar que las dos estamos en el mismo punto y que ninguna espera algo más de la otra.

—Lo de tu mujer tendrás que solucionarlo, no quiero meterme donde no me llaman, pero si fuera yo, dejaría zanjado todo lo que tuviese que ver con ella. La impresión que dio cuando nos reunimos en el despacho no fue muy agradable, dejé ver muchas cosas y ninguna de ellas era bonita —opina Raquel.

—Ya estoy en ello. Aunque Miriam no siempre fue así —cuenta la militar, que no sabe en qué momento su mujer se convirtió en una hija de puta—, antes era una mujer atenta, cariñosa, me apoyaba en todo. Formábamos un buen equipo.

—Ya ves, la gente cambia, Candela.

—Yo opino lo contrario, creo que la gente nunca cambia, más bien se adaptan a ciertas situaciones como por ejemplo cuando te enamoras y muestras tu mejor cara hasta que pasa el tiempo y aparece el verdadero yo —dice Candela, que antes confiaba ciegamente en todo el mundo y ha aprendido a base de puñaladas y de quitar caretas.

De repente a Raquel le suena el móvil, interrumpiendo la conversación profunda. Se disculpa ante la militar para atender la llamada. Pasa unos minutos hablando con alguien más y tras dar varias instrucciones, cuelga para volver a sentarse a la mesa.

—Era el investigador con el que suelo trabajar en algunos casos —explica Raquel, que ha cambiado su tono al de la abogada Martínez—. Anoche, después de que te durmieras estuve dándole vueltas al caso y estoy segura de que, si Cristina Andrade es capaz de inventarse un acoso y una agresión, es probable que no sea la primera vez que lo haya hecho.

—¿Crees que ya lo ha hecho otras veces? —la interrumpe Candela sorprendida porque no lo había pensado.

—Puede que no algo tan complejo como esto, o sí, Candela, este tipo de personas suelen estar muy perturbadas. En todo caso, Samuel rebuscará a fondo en la vida de Andrade y también se pasará por el lugar de la agresión por si puede encontrar algún testigo de lo ocurrido y con suerte quiera declarar a tu favor.

La teniente Candela Montero mira a su abogada con esperanza, lleva tanto tiempo metida en un pozo oscuro que la más mínima señal que la conduzca hacia la luz, la llena de una energía positiva que la empuja a pensar que pronto podrá dejar todo esto atrás. Candela cierra los ojos y desea, con mucha fuerza, que el camino no vuelva a torcerse.

CAPÍTULO 16

—Te sigues acostando con la teniente, ¿verdad? —suelta Raimundo mientras él y Raquel desayunan cerca del parque del Retiro.

Raquel casi se atraganta con el sorbo de café que estaba tomando.

—¿Por qué dices eso? —pregunta acalorada a pesar de que hace un momento tenía frío.

—Porque sonríes más y pareces, no sé —Raimundo piensa—, más relajada, quizá, ya no da la impresión de que vayas a todas horas con un palo metido por el culo.

Su compañera arquea las cejas con gesto ofendido.

—Vaya, muchas gracias.

—No seas dramática —suelta una risotada su compañero—, pero has de reconocer que siempre estás tensa. En fin, ¿he acertado o no? —insiste expectante.

—¿Por qué piensas que es la teniente y no Vanesa? —indaga Raquel con cierta preocupación.

—Bueno, con Vanesa hace tiempo que te acuestas y no estabas como ahora, por lo tanto, algo ha tenido que cambiar, y como el otro día dijiste que te habías acostado con la teniente, pues deduzco que ha sido eso.

Raquel no sabe qué decir ante las palabras de su socio. Ella no ha notado ningún cambio en su comportamiento, pero es evidente que, si él lo comenta, es porque lo hay, y eso empieza a preocuparla un poco. La abogada reflexiona sobre los últimos días y se da cuenta con sorpresa de que, en la última semana, prácticamente ha pasado todos los días por casa de Candela bajo cualquier pretexto con la clara intención de volver a enredarse entre sus piernas, algo que le resulta muy adictivo. Pero lo peor no es eso, lo que más le preocupa ahora que lo piensa, es que, desde que se acuesta con Candela, no solo no ha pensado en acostarse con Vanesa, es que no le apetece acostarse con nadie más.

—¿Me vas a responder o no? —pregunta Raimundo apurando su café.

—Bueno, sí que me he acostado con ella alguna vez más —reconoce la letrada—, pero no

es nada serio, eso te lo aseguro, las dos buscamos pasar un buen rato y ya está, lo tenemos muy hablado —justifica del tirón.

—Pues me alegro mucho entonces, porque esa mujer te hace bien —comenta Raimundo de manera distraída antes de levantarse para ir al baño.

Raquel vuelve a quedarse petrificada en su silla y frunce el ceño, quizá debería espaciar más sus encuentros con Candela por si acaso, pero tienen tanta conexión en la cama que lo descarta de inmediato. Empieza a preguntarse si esa conexión va más allá del sexo cuando el teléfono le suena y el nombre de su investigador aparece en la pantalla cortando de raíz sus pensamientos.

—Joder, ya era hora —dice antes de descolgar.

—Tengo algo, Martínez —comenta el hombre tras los saludos iniciales—, cuando le va bien que nos veamos.

—Ahora mismo, puedo estar en tu despacho en quince minutos —dice Raquel.

—Perfecto, aquí la espero.

Raquel se pone en pie al mismo tiempo que Raimundo vuelve del baño.

—¿Te vas?

—Me acaba de llamar Samuel, parece que tiene algo sobre lo del caso de Candela. He quedado con él en su despacho.

—Candela... —repite burlón su compañero—. ¿Lo ves? Ni teniente Montero ni clienta, ya la tuteas y todo.

—Vete a la mierda, Rai —Raquel le suelta un manotazo en el pecho que no le provoca ni cosquillas a su compañero.

—Anda vete, ya pago yo —dice él cuando ella se cuelga el bolso.

Raquel tarda un poco más de lo que ha dicho en llegar al despacho del investigador por culpa del tráfico y eso la pone nerviosa.

—Lo siento, Samuel —se disculpa al mismo tiempo que toma asiento frente a él.

—No te preocupes —el hombre saca su libreta de notas y se coloca las gafas—, todavía seguimos investigando a esa tal Andrade, pero tengo cosas que quizá ya puedes utilizar.

A Raquel se le acelera el pulso.

—¿Entonces no es trigo limpio como sospechaba?

—No mucho —sonríe el investigador, que ahora mira algo en el portátil y le ha dado a

imprimir—, eso que va a salir por la impresora, son los informes de cuatro ingresos en centros psiquiátricos privados donde ha estado Cristina Andrade.

—¿En serio? —pregunta Raquel pletórica.

—Ya lo creo —sonríe Samuel.

—Joder, eso es genial, puede ayudarme a demostrar que Cristina es capaz de autolesionarse y...

—Es mejor que eso, Martínez —la interrumpe Samuel.

—¿Por qué?

—Porque además de demostrar que la chica sufre brotes psicóticos, ocultó esa información cuando se alistó en el ejército.

—No me jodas —a Raquel solo le faltan las palomitas.

—Me he hecho con una copia de su expediente y te aseguro que ahí no aparece nada sobre ello.

A Raquel le cuesta mucho contener la media sonrisa que comienza a expandirse por su cara, sabe que esa información no resuelve el problema de Candela, pero puede ser muy útil como baza para presionar a Cristina, ahora tiene que pensar para decidir cómo maneja esa información.

—Y tengo una cosa más.

—¿Qué cosa? —pregunta Raquel, que empieza a sentirse como una niña que cumple años y no paran de lloverle regalos.

—Uno de mis chicos ha encontrado a un vecino que dice tener grabada la pelea entre Andrade y Montero, pero quiere dinero a cambio de entregar la grabación. Ya sabes, un ratero que se la venderá al mejor postor.

Raquel se inclina hacia delante.

—Que te deje ver el vídeo, Samuel, si lo que contiene nos interesa, negocia un precio y págale.

—Hecho, Martínez. Te digo algo en cuanto hablemos con él.

—Que sea rápido, por favor. Me gustaría zanjar este asunto cuanto antes.

El hombre asiente y Raquel se levanta mientras saca el teléfono para llamar a Candela. Por fin tiene una buena noticia que darle y, después de toda la mierda que le ha caído encima a su cliente en las últimas semanas, considera que debe dársela cuanto antes.

CAPÍTULO 17

—Candela, ¿podemos vernos? —pregunta como todo saludo Raquel Martínez, a la que le cuesta contener la emoción por toda la información que le ha proporcionado Samuel.

—¿Verte cómo mi abogada o como a la chica con el mejor culo que he visto en mi vida? —pregunta la teniente Montero con la voz juguetona.

Raquel estalla en una risa divertida mezclada con lujuria. Si otra mujer le hubiese dicho eso, a la abogada no le hubiera sentado del todo bien. En la cama, no se corta, pero fuera de ella, hay comentarios que le parecen obscenos o fuera de lugar. Sin embargo, con Candela no siente eso, más bien le parece que la militar es de las que no pierden oportunidad para decirle algo tonto que la haga reír o echarle un piropo como el que acaba de soltar.

—Puede ser como ambas cosas —suelta Raquel—, ¿estás en tu casa?

—Aquí estoy, acabo de terminar de hacer ejercicio. Voy a ducharme y te espero.

Raquel siente que el corazón le palpita entre las piernas al imaginarse a Candela completamente sudada y con los músculos marcados. La abogada siente un poco de alergia hacia el deporte, pero admira a quienes los practican, como Candela, que tiene una rutina diaria muy bien organizada que hace que su cuerpo sea tan fuerte como una roca.

—¿Sigues ahí? —pregunta la militar separándose el teléfono de la oreja para revisar si la llamada se ha cortado ante el silencio de la abogada.

—Sí, perdona —carraspea Raquel—. Nos vemos en una hora.

La letrada Martínez camina en dirección al aparcamiento donde dejó su coche y confirma que en el maletero está la bolsa que preparó esa misma mañana antes de salir de su casa. De inmediato piensa en las palabras de Raimundo y se queda absorta al entender que es verdad, se siente más relajada últimamente, aunque desde su punto de vista, no es una mujer tan estirada como para que su socio diga que parece que siempre tenga una estaca insertada en su trasero. Pero lo que hace que su corazón se acelere es que ya ha dado por sentado que pasará algunas noches con la militar y por eso ha preparado varias mudas de ropa y artículos de higiene personal para esas ocasiones en que, aunque no lo planea, acaba durmiendo en casa de Candela. Con

rapidez, decide sacar ese pensamiento de su cabeza y se convence a sí misma de que siempre ha sido una mujer precavida y no hay razón para dejar de serlo.

Raquel sonrío porque a la que toca el timbre de casa de su clienta, se escuchan unos aullidos lastimeros seguidos por ladridos acelerados y una voz que le explica a Susto que la puerta está al otro lado, no en la dirección que, al parecer, el animal corría.

—Hola, guapa —la saluda Candela con una mirada cargada de deseo, la coge por las solapas de su americana y le planta un beso en los labios que marea a la abogada.

—Joder —suelta Raquel cuando siente la lengua de la militar y da pasos torpes hacia la vivienda.

Ambas mujeres llegan al sofá a trompicones y, durante la siguiente hora, solo se escuchan gemidos, respiraciones agitadas y peticiones de lo más atrevidas.

—Voy a la ducha —dice Raquel saliendo del sofá y dándole un beso suave en los labios a Candela.

—Yo voy pidiendo algo de comer, ¿te apetece?

—Sí, pide lo que quieras —dice la abogada desapareciendo tras una puerta, dejándole a Candela una última visión de su trasero perfecto.

Cuando llega la comida, las dos están duchadas y vestidas. Candela le abre al repartidor y Raquel saca al patio los platos y las bebidas. Aprovecha de mover el cojín de Susto hacia una esquina donde, a esa hora, da más de lleno el sol y abre el parasol que Candela ha instalado para dar un poco de sombra a la mesa.

Candela abre las bolsas de comida y va sirviendo en los platos, salivando por el olor y la buena pinta que tiene. Ninguna de las dos parece caer en cuenta de que están muy sincronizadas, una hace una cosa y la otra la complementa. La complicidad que tienen no solo es entre las sábanas, sino también fuera llevando a cabo cualquier acción tan absurda como la que hacen ahora mismo.

—Está buenísima —dice la militar mientras mastica una croqueta de jamón.

—¿Es el mismo sitio del otro día? —pregunta Raquel deleitándose con la ensaladilla rusa.

—Sí, desde que los he encontrado, pido casi siempre allí. Los canelones de pollo son mi perdición.

Comen mientras hablan de temas banales, las dos se sorprenden de los hobbies de la otra y los planes que tienen en un futuro cercano.

—Nunca había pensado en esa posibilidad —dice Candela asombrada cuando la abogada le

cuenta su idea para una segunda residencia.

—A mí me gusta mucho la playa —explica Raquel—, pero comprar una vivienda cerca de cualquiera es un gasto que me parece exagerado ahora mismo. Hace tiempo tuve una idea; comprar un terreno pequeño y meterle una de esas casas prefabricadas que están tan de moda.

—A mí me parece una idea de puta madre, Raquel. ¿Por qué no lo has hecho? No creo que sea por falta de dinero.

La abogada se encoge de hombros.

—No he tenido tiempo —dice con una cara que denota que se ha metido tanto en su trabajo, que no le ha dado prioridad a nada más—, se necesita mucho para elegir los terrenos, visitarlos, ver la viabilidad para poner la casa sin contar el elegir y mandar a fabricarla.

Candela la mira con las cejas elevadas.

—Deberías aprovechar esas ganas que tienes y la solvencia que te permite cumplir tu sueño, ¿no crees?

Raquel le sonrío y asiente con la cabeza, pero no dice nada y la militar intuye que no debe seguir hablando del tema, así que lo cambia a lindes profesionales.

—¿Qué querías decirme?, ¿es algo sobre mi caso? —pregunta Candela.

—El investigador me ha dado unos datos que nos ayudan mucho. Cristina Andrade no está bien de la cabeza.

—Eso ya lo sabíamos, Raquel —dice seria Candela—, con todo lo que ha hecho, nos ha dado una buena pista.

—Me refiero a que su salud mental está bastante comprometida, ha estado en cuatro psiquiátricos durante un tiempo. Las estadías no han sido largas, pero sí que ha entrado y salido varias veces.

Candela abre los ojos y la boca al mismo tiempo para después fruncir el ceño.

—¿Estás segura? Porque con un historial psiquiátrico como el que me dices, no podría estar prestando servicio militar.

—Has dado en el clavo, Andrade ha ocultado esta información. Así que solo me basta con preparar el informe para que la expulsen de forma inmediata —explica Raquel sin ocultar una sonrisa radiante—. Está claro que también lo usaremos para demostrar que una mujer tan inestable como ella es capaz de inventar que su superior la ha estado acosando.

La teniente Montero no dice nada, escucha atenta a su abogada, pero sin mostrar ninguna expresión en su rostro, así que Raquel continúa hablando.

—Samuel, mi investigador, está negociando una grabación en donde se puede ver la pelea entre tú y Cristina. Estoy esperando que me llame para que me confirme que nos sirve y con eso, quedaría anulado todo lo que ha dicho esa mujer de ti.

Candela se pega al respaldo de la silla en la que está sentada y suspira mientras cabecea.

—¿Qué te pasa?, ¿no te alegras? —pregunta la abogada ante el mutismo de su clienta.

—No es eso, Raquel, es que por más que todo esto se aclare, yo seguiré jodida. Me alegra que podamos alejar a la cabo Andrade del ejército, al menos allí no podrá joder a nadie más y espero que puedan internarla para que no siga yendo por ahí destrozando vidas —se apresura a matizar Candela—, pero mi expediente quedará con esa mancha. En el ejército las cosas funcionan así y cuando me levanten la suspensión, me relegarán a tareas administrativas y para eso, prefiero dimitir.

A Raquel Martínez esa confesión le cae como un peso muerto en el cuerpo sobre todo al observar la mirada compungida de la militar, que se ha levantado y camina para detenerse frente a un casco de guerra que tiene colgado en una de las paredes del patio. Desde que conoció a Candela, se dio cuenta de que estar en el ejército es su vida, cada vez que le cuenta sobre maniobras o le explica alguna estrategia, los ojos de la militar brillan de ilusión. Raquel tiene claro que sentarla detrás de un escritorio sería como arrancarle los dos brazos.

—Vayamos por pasos, Candela —Raquel se levanta y llega hasta ella para abrazarla—, primero vamos a resolver lo de Cristina Andrade y después buscaremos una solución para tu puesto en la base.

Candela se siente arropada, sabe que Raquel hará todo lo posible para ayudarla. La abogada cierra los ojos y aprieta más sus brazos para demostrarle a la militar que está allí y que no la va a abandonar, pero a Candela le queda todavía mucho por pelear y Raquel Martínez hace una promesa silenciosa; no lo hará sola.

CAPÍTULO 18

—Siento haberte hecho esperar, Samuel —se disculpa Raquel cuando Azucena lo hace entrar por fin en su despacho.

—No pasa nada, Martínez, el trabajo es así —contesta el hombre.

Raquel no se acostumbra a que siempre se dirija a ella por su apellido a pesar de que hace más de cinco años que se conocen y tienen una edad parecida, pero Samuel tiene formación militar y parece que lo de las formalidades es algo que se toma muy a pecho.

Raimundo también se encuentra en el despacho y se levanta para dar un fuerte apretón de manos al investigador antes de volver a sentarse. Él y Raquel llevan toda la mañana de ese viernes reunidos en el despacho, concretando temas y tomando decisiones sobre algunos casos y, cuando Samuel se marche, seguirán haciéndolo, por lo que Raquel le ha dicho a su socio que no hacía falta que se fuera.

—Tengo el vídeo —anuncia Samuel y a Raquel se le acelera el pulso.

—Eso significa que el contenido nos interesa —dice la abogada.

—Mucho, el ángulo de grabación es muy bueno y, aunque el audio es inservible porque hacía mucho aire y no se oye bien, se ve claramente a las dos mujeres interactuar.

Samuel saca su teléfono, busca en los archivos y se lo entrega a Raquel. La abogada, sentada junto a su socio que se inclina hacia ella, pulsa sobre la pantalla para que se reproduzca el vídeo. La grabación empieza en plena agresión y a Raquel se le encoge el estómago cuando ve a Candela quieta, con los brazos levantados para protegerse de los ataques repetidos y descontrolados de Cristina.

—Qué fuerte —dice Raimundo con los ojos desorbitados—, esa mujer está para que la encierren.

Raquel no dice nada, ni siquiera parpadea porque no quiere perderse ni un detalle. Cristina se detiene y, cuando parece que todo ha terminado, se la ve decir algo y acto seguido, acercarse al coche de Candela para darse cabezazos y arañarse la cara ella misma.

—¡Ala! —exclama de nuevo Raimundo, que pensaba que no podía sorprenderse más.

—Hija de puta —suelta Raquel indignada.

Siempre ha creído en la versión de Candela, pero una cosa es escucharlo y otra ver con sus propios ojos como esa desquiciada hace todo lo posible por joderle la vida a la teniente. Nota como la rabia le va inundando el cuerpo y pulsa para detener el vídeo y devolverle el móvil a Samuel.

—Si la tuviera aquí delante te juro que...

—Tranquila —la corta Raimundo y le pone una de sus enormes manos en la espalda—, relájate, Raquel, con esto ya tienes el caso ganado. Ahora solo tienes que llamar a su abogado, concertar una reunión y, en cuanto le enseñes este vídeo, retirarán la denuncia contra la teniente Montero.

Raquel pone una mano sobre la rodilla de su socio y asiente sin decir nada. Sabe que Raimundo tiene razón y, en cualquier otra situación, ahora mismo debería tener una sonrisa de oreja a oreja, pero a su mente solo viene la conversación que tuvo hace un par de días con Candela, cuando le explicó las buenas noticias y el rostro de la teniente solo expresaba esa desazón de quien sabe que le han hundido la carrera. La abogada no lleva muy bien las injusticias, y gracias a su trabajo ya ha visto muchas, pero todavía no se había encontrado con ninguna que le afectase tanto a nivel emocional, porque a estas alturas, Raquel es muy consciente de que, para ella, Candela ya no es una clienta más, pero tampoco quiere pensar mucho en eso.

—Lo sé —dice finalmente y esboza una suave sonrisa cuando mira a su socio.

—Así me gusta —Raimundo le devuelve la sonrisa, aunque está un poco preocupado porque ya se ha dado cuenta de que su socia, aunque no quiera admitirlo, siente mucho más de lo que dice por la teniente y teme que algo se tuerza con el caso y Raquel acabe sufriendo.

—Vale, pásame el vídeo —le pide a Samuel—. ¿Cuánto has tenido que pagar por él?

—El tío quería mil euros, pero al final se lo he sacado por trescientos.

—Joder con el vecino —cabecea Raimundo.

—Hoy en día se hace negocio con todo —responde Samuel.

Raquel los deja hablando y se concentra en subir el vídeo a la nube donde guarda todos los archivos para después marcar el teléfono del abogado de Cristina.

—Tengo algo que le interesa ver —suelta en cuanto se saludan—. ¿Cuándo pueden pasarse por el despacho?

—Hoy imposible, los viernes no hago visitas. Si le parece, nos vemos el lunes a las doce, así tengo tiempo de avisar a mi clienta.

—Me parece bien —contesta la abogada.

—Pues si no necesitáis nada más —dice Samuel levantándose—, yo tengo que irme.

Ambos abogados despiden al investigador y Raimundo cierra la puerta y vuelve a ocupar su silla junto a Raquel.

—¿A ella tampoco me la vas a presentar? —pregunta aflojándose el nudo de la corbata.

—¿De qué hablas? —pregunta Raquel, que no comprende nada.

—De Candela —Raimundo encoge los hombros y a Raquel la recorre un cosquilleo repentino que la obliga a recolocarse en la silla con nerviosismo.

—¿Por qué iba a presentártela?

—Porque ella sí que te gusta lo suficiente como para hacerlo —la acusa su socio señalándola con uno de sus enormes y rechonchos dedos.

—Pero ¿qué dices? —Raquel se sofoca.

—Puedes negarlo si quieres, compañera —dice Raimundo, que se levanta de la silla—, pero sabes que tengo razón y en algún momento tendrás que admitirlo. ¿Quieres algo de la máquina? Estoy muerto de hambre.

—No, no quiero nada, y tú tampoco deberías, dentro de un rato nos iremos a comer.

Raimundo la ignora y sale del despacho mientras rebusca monedas en el bolsillo. Raquel se queda clavada en la silla, dando vueltas a lo que le ha dicho su socio sin encontrar la manera de rebatirlo.

CAPÍTULO 19

—Nos hemos visto más estos días que en los últimos meses —suelta la capitana Virginia Robles mientras abraza a su amiga Raquel Martínez.

—Eres una mujer muy ocupada —dice Raquel con gesto inocente y se sienta a la mesa.

Virginia se ríe y le suelta un golpe suave en el hombro.

—Qué capulla, sabes que no soy la única, aquí la adicta al trabajo eres tú.

—No te lo niego, aunque últimamente siento que me está pasando factura —confiesa Raquel a la vez que busca a la camarera con la mirada para pedir las bebidas, está sedienta.

—Y eso ¿por qué? —se interesa la militar asombrada por el comentario.

—No sé, antes podía estar semanas sin apenas descansar, me despertaba muy pronto sin importar si era miércoles o domingo y me iba a la cama a medianoche. Me sentía bien, aceptaba varios casos y los tenía todos controlados, pero ahora me siento un poco desbordada.

En otro momento, Raquel Martínez no hubiese pronunciado esas palabras ni harta de vino, pero con Virginia se siente en confianza, además de que sabe que ella jamás la juzgaría. La abogada razona acerca de ese sentimiento, lleva unos días rondándola y ha adquirido más fuerza sobre todo cuando se toma la libertad de pasar la noche con Candela en su casa, levantarse más tarde de lo habitual, desayunar sin prisas bajo el sol de la mañana y no revisar ningún caso con la excusa de que es fin de semana y está acompañada. Algo para ella inaudito.

—Quizá sea hora de reorganizar esa forma que tienes de trabajar, Raquel —le dice Virginia de forma conciliadora—, el bufete es tuyo y estoy segura de que algo puedes hacer para descansar más.

—Últimamente lo escucho mucho.

—Entonces por algo será —opina la militar.

—Ya —responde la abogada y cambia el tema—. ¿Cómo está Marta?

La capitana Robles ensancha tanto la sonrisa que ilumina todo el bar.

—Muy bien, de hecho, serás la primera, bueno no, la segunda —Virginia tuerce la boca—,

en enterarte de la nueva noticia.

Virginia no dice nada más para crear expectación. Es una cabrona y lo sabe.

—¿Por qué te quedas callada? Suéltalo ya.

—Hemos decidido comprar una casa —anuncia Virginia tan contenta que contagia a su amiga—, aún estamos viendo propiedades, la agente de la inmobiliaria nos agenda varias visitas para ir a verlas todas del tirón. Pero ya estamos casi decididas.

—Enhorabuena, Virginia —Raquel le coge una mano por encima de la mesa—, Marta y tú os lo merecéis. Me alegra mucho que por fin esa cabezota se haya decidido a dar el paso.

—Lo hizo en cuanto se dio cuenta de su error, pero yo no podía dejarlo pasar, Raquel. Tú bien sabes lo que sufrí con las inseguridades de Marta y por más enamorada que esté de ella, tenía que estar segura de que estábamos en el mismo punto.

—Esto habrá que celebrarlo, ¿no? —pregunta Raquel todavía sonriendo.

—Por supuesto, y me gustaría que pudiésemos hacerlo también por el caso de Candela. ¿Cómo lo llevas?

Raquel suspira de forma inconsciente al escuchar el nombre de la militar a la que representa y con la que también se acuesta. Esa cara no pasa desapercibida para Virginia, pero decide no decir nada y escuchar a la abogada.

—El lunes tengo una reunión con el abogado de la acusación, no le quedará más remedio que retirar la denuncia —cuenta Raquel.

La abogada Martínez pasa varios minutos poniendo al día a la capitana, contándole lo que han encontrado sobre la salud mental de Cristina Andrade y lo más reciente; el vídeo que revela que Candela Montero es la víctima de una mujer inestable.

Virginia la escucha con los ojos muy abiertos y la cara desencajada, incrédula ante lo que está escuchando.

—No me lo puedo creer, joder —dice la capitana negando con la cabeza—. He visto mucho en las filas militares, sobre todo últimamente, que vamos por las bases levantando mierda, pero esto ... Esto es muy peligroso, Raquel.

—Cristina ha ocultado su historial psiquiátrico y al parecer ha aprobado todas las pruebas de acceso al ejército, nada podía indicar que esta chica estuviese tan mal de la cabeza y que Candela desatara su odio en cuanto la rechazó.

La capitana Virginia Robles mira a Raquel entornando los ojos, hay algo en ella diferente, no es que sea una experta en los casos que lleva la abogada, pero cuando han hablado de alguno

de ellos, no la ha visto jamás tan involucrada y además tan afectada. Sabe por boca de Candela que se han acostado, pero Virginia siente que para Raquel hay algo más.

—¿Qué pasa con Candela? —suelta la militar como una bomba.

—No te entiendo —dice Raquel con el corazón acelerado, últimamente parece que ese sea el ritmo normal de ese órgano, así que toma nota para visitar al cardiólogo.

—Sí que me entiendes, pareces muy preocupada, como si Candela no fuera una clienta más.

Raquel se lo piensa por un segundo y sin temor a nada, le deja caer a su amiga que se ha involucrado con la militar.

—Hemos pasado tiempo juntas —dice con disimulo—, pero nada serio. Ya me conoces.

—Ya —Virginia levanta una ceja y tuerca una sonrisa de suficiencia—, lo que sea que tengas con ella, aprovéchalo. Candela es una tía que merece mucho la pena, buena militar y excelente persona que ha tenido una suerte de pena con su mujer. Miriam nunca la ha valorado y Candela se merece a alguien que sí lo haga, así que no juegues con ella —la señala con el dedo índice.

—Las dos tenemos claro lo que tenemos, Virginia, por eso no te preocupes, aunque hay algo que sí que me inquieta y creo que tú me puedes ayudar —dice Raquel como si nada, fingiendo que el tema ha salido sin buscarlo.

—¿Qué pasa?

—Candela está pensando en dimitir —dice sin rodeos la abogada—, aunque ganemos y ella quede libre de cargos, lo que pasó con Cristina quedará en el expediente y a ella le está costando manejarlo.

—Lo sé —responde Virginia haciendo una mueca de resignación—, cuando una investigación como esta recae sobre ti, por más que te declaren inocente, en el historial quedará reflejado. Con seguridad a Candela la destinarán a desempeñar trabajos administrativos en el área de personal.

—No sé qué decirle, Virginia. La veo muy hundida y quisiera poder ayudarla.

Virginia frunce el ceño, pensativa.

—Déjame ver qué puedo hacer, se me ha ocurrido algo, pero hasta que no sepa si es posible, me gustaría mantenerlo en secreto —le dice Virginia, cuya cabeza se ha iluminado de repente y presiente que tiene la solución para el problema de su compañera de armas.

Las dos se levantan y salen del bar donde han estado un buen rato poniéndose al día. Se

despiden con la promesa de reunirse pronto durante más tiempo y no con prisas en cualquier garito del centro de Madrid, se merecen una cena en condiciones y relajarse.

Raquel Martínez camina hacia su coche, estacionado en un aparcamiento a varias calles del bar, casi arrastrando los pies. De repente, el cansancio le ha caído encima y solo piensa en tumbarse en el sofá y cerrar los ojos. Su cerebro piensa en eso, pero su mano ejecuta una acción diferente, coge el móvil y marca directamente al número de la teniente Montero.

—Hola —la saluda la militar en cuanto descuelga.

—Hola —contesta Raquel con una sonrisa—, ¿te pillo en mal momento?

—No, estoy en casa. Acabo de terminar de pintar la pared del fondo que tengo en el patio, esa que estaba desconchada.

Raquel la visualiza y recuerda a Candela decir que quería cambiarle el color para que el patio se viera más alegre.

—Veo que has estado muy ocupada.

—Con algo tendré que matar todo el tiempo libre que tengo, ¿estás bien? —pregunta Candela, que nota extraña la voz de Raquel.

—Sí, solo es cansancio. Ha sido una semana muy dura y estoy agotada —dice la abogada y se pasa los dedos por los ojos, que siente que le pesan—. Te llamaba para contarte los nuevos datos que tenemos.

—¿Por qué no vienes a mi casa y descansas un poco? —la interrumpe Candela—, después puedo hacer unas costillas en la barbacoa y me cuentas lo que tienes mientras tomamos algo en el patio. Sí estás muy cansada para conducir, puedo ir a recogerte.

La voz suave de Candela haciéndole esa invitación hace que una corriente le recorra el cuerpo a Raquel sintiendo que ha recuperado algo de energía. Eso la hace sentir bien, pero también le preocupa, si fuera Vanesa o alguna otra amante, se hubiese negado en redondo, sin embargo, con la militar no puede, tiene muchas ganas de verla y acurrucarse con ella. Hacer el amor y sentarse en ese patio que tanto le gusta. El corazón se le vuelve a acelerar y por unas décimas de segundo, piensa que si acepta ir a ver a la militar sería como confirmarse que Candela no es solo un polvo, es algo más y eso la aterroriza. Sin embargo, una vez más pierde el control de sus músculos y esta vez es su lengua la que va por libre.

—Espérame allí, ahora nos vemos, Candela.

CAPÍTULO 20

—Hola —la sonrisa con la que Candela recibe a Raquel, la derrite casi tanto como el beso y el pequeño abrazo que le da en cuanto le abre la puerta.

—Hola —sonríe también la abogada y después de suspirar contra su cuello, se separa y se agacha para saludar a Susto, que intenta trepar por su pierna buscando su atención.

Raquel deja su bolso en el perchero de la entrada y el móvil sobre la mesa como suele hacer siempre mientras sigue a Candela hasta el salón.

—Me he reunido con...

—Nada de reuniones, no tenemos prisa —la corta Candela y le señala el sofá.

Raquel ya había notado un olor diferente en la casa cuando ha entrado, uno agradable y relajante que no ha sabido identificar, pero ahora que ve un par de velas aromáticas sobre la mesa auxiliar, comprende que viene de ahí.

—Quítate el jersey y tumbate bocabajo, vamos a ver si conseguimos relajarte un poco — ordena Candela, que acaba de coger un bote de aceites esenciales y lo está abriendo.

Susto se sube en el sofá y se sienta moviendo la cola como si Candela tuviera una lata de comida húmeda de las que le gustan.

—Baja de ahí, Susto, que Raquel está cansada y necesita tumbarse.

La abogada la mira y solo tiene ganas de abrazarla. En ningún momento se ha planteado tumbarse en el sofá, y mucho menos que Candela le dé un masaje, pero está tan cansada, que solo de pensarlo sus manos se mueven solas y obedece, quitándose el jersey y tumbándose bocabajo como le ha pedido.

Candela no pasa mucho tiempo destensando los músculos de Raquel, porque a los diez minutos de estar realizando el masaje, se da cuenta de que la abogada se ha dormido. Así que se levanta con cuidado de no hacer ruido, la tapa con una manta fina que siempre tiene en el sofá y se marcha a pasear a Susto durante casi una hora. Cuando vuelve, Raquel sigue profundamente dormida y ella sonríe complacida de que la abogada se sienta tan cómoda en su casa. Candela coge a Susto y se encierra en la cocina para preparar las cosas que necesita para hacer la

barbacoa que le ha prometido a la abogada.

Cuando Raquel se despierta está desorientada, ha dormido tan plácidamente que le cuesta mucho centrarse. Sabe que está en casa de Candela, pero no tiene ni idea de la hora que es ni del tiempo que ha pasado dormida. Dobla la manta y se dirige a la cocina cuando escucha ruido allí. Al abrir la puerta, por sus fosas nasales se cuela un olor a barbacoa procedente del patio que la hace salivar. Raquel atraviesa la estancia y cuando sale, encuentra a Candela dándole la vuelta a las costillas en la parrilla con Susto sentado a su lado, expectante por si se le cae un trozo de comida.

—¿Por qué no me has despertado? —pregunta Raquel cuando se da cuenta de que ya está anocheciendo.

Candela se gira y le sonrío.

—Dormías tan tranquila que me ha sabido mal, además, te has despertado justo a tiempo, a esto le faltan quince minutos como mucho.

Raquel permanece unos segundos junto a la puerta, observando los cambios en ese patio que la tiene enamorada. Candela ha colgado varias bombillas por encima de la mesa, que ahora que ya es casi de noche, dan un aspecto muy acogedor y en parte romántico a esa parte de la casa.

La abogada se acerca a Candela, le rodea la cintura desde atrás y le da un beso en el hombro.

—Voy a pasear a Susto mientras terminas —anuncia sorprendiendo a Candela, que agradece mucho que la abogada se preocupe por las necesidades de su perro.

—Eres un amor —dice y le da un beso—, pero le he dado un buen paseo mientras dormías, y ahora que hay comida por aquí, no creo que quiera salir. ¿Por qué no vas sacando la bebida? Estoy sedienta —añade señalando el vaso de cerveza vacío que tiene al lado.

Raquel se encarga de las bebidas y de ayudar a Candela conforme va sacando la carne.

—¿Puedo contarte las novedades ahora? —pregunta una vez están cenando.

—Adelante —se ríe Candela señalándola con una costilla y los labios brillantes por la grasa.

—Tengo la grabación de un vecino que os grabó en vídeo cuando Cristina montó su numerito y te acusó de pegarle, con eso es suficiente para presionarlos y que retiren la denuncia. He llamado a su abogado y hemos acordado reunirnos el lunes por la mañana.

—Eso es genial —sonríe Candela y Raquel vuelve a percibir esa tristeza oculta en su

mirada, pero decide no hacer ningún comentario al respecto para no hundirla más.

—Sí que lo es, Candela —dice y cambia de tema para adular lo bonito que tiene el patio.

A Candela le cambia la expresión y comienza a contarle las cosas que todavía tiene por hacer mientras Raquel va pensando en que ojalá ella pueda estar ahí para verlas.

—Bueno, se ha hecho bastante tarde —comenta la abogada cuando terminan de recoger la mesa—, debería irme.

Candela se gira hacia ella y le bloquea el paso con el cuerpo.

—Es viernes, Raquel, y el fin de semana no trabajas, ¿por qué no te quedas y desconectas un poco?

Raquel la mira y nota un hormigueo por el cuerpo cuando Candela le roza la cintura con las manos.

—Estás haciendo trampas —se ríe Raquel apartándole las manos.

—No es verdad, solo te toco un poco, que te he echado de menos —dice Candela juguetea, acorralándola contra la pared.

Raquel, más que suspirar, jadea cuando Candela le da un beso en el cuello.

—Vale, me quedo —accede antes de empezar a devorarla.

CAPÍTULO 21

—El bufete no se va a hundir porque no hayas trabajado el fin de semana, Raquel —dice Candela pegada a ella mientras le da un suave masaje en los hombros cuando la abogada acaba de lavarse los dientes.

Han pasado todo el fin de semana juntas, el sábado ha sido de sofá, solo han salido de allí para buscar comida y ducharse. Han estado relajadas viendo una serie que las tuvo enganchadas, comiendo guarrerías y follando cada vez que les apetecía. El domingo fue diferente, salieron a tomar un vermú para luego comer una buena paella y por la tarde, a pasear con Susto que, últimamente le ha cogido gusto a los paseos por senderos llenos de ramas y piedras.

Ahora ya es lunes por la mañana y Raquel Martínez, obsesionada con su trabajo, se ha despertado temprano y muy intranquila porque durante dos días no ha abierto ni siquiera el correo y mucho menos revisado ningún caso que tenga en progreso. Es Candela quien la intenta relajar diciéndole lo descansada que está y la buena cara que le ha quedado después de disfrutar esos días.

—Ya lo sé, pero llevo tantos años con esa rutina de trabajar también cuando no toca que siento que no lo tengo todo controlado, no sé, me siento dispersa —confiesa la abogada cuando Candela la coge por la cintura y la gira para quedar cara a cara.

—Estoy segura de que sabes perfectamente qué casos tienes que atender esta semana, cuando tienes que ir a los juzgados y qué temas importantes tienes que cerrar —dice Candela entornando los ojos—, y desconectar un par de días no ha hecho que te olvides de todo, al contrario, ahora vas más fresca para defender a los buenos.

Raquel suelta una carcajada melódica que hace sonreír a Candela.

—Tienes razón, pero me cuesta acostumbrarme —explica Raquel y mira su reloj—, me voy ya, que si no se me hace tarde.

—Vale, ¿nos vemos a las diez en tu despacho?

—Sí, hemos quedado a las diez y media, pero quiero que llegues antes y repasemos lo que tenemos —le dice la abogada refiriéndose a la cita que tienen con la cabo Cristina Andrade y su

abogado.

Las mujeres se despiden en la puerta de la casa de Candela con varios besos que dejan a Raquel con un regusto de confusión. Se siente muy bien a lado de la militar, es como si llevaran juntas mucho tiempo y hayan llegado al punto de conocerse tanto que se complementan de forma perfecta convirtiéndose en la persona que una necesita de la otra.

Raquel llega al despacho y se sumerge entre papeles. Después discute con Raimundo, como siempre, los casos que llegan nuevos y los que tienen entre manos. Está tan absorta en su trabajo que no es hasta que la secretaria toca la puerta para avisar de que Candela Montero ha llegado, que Raquel se da cuenta de que ya son las diez de la mañana.

—Me ha pasado el tiempo volando —le dice a Raimundo, que también estaba con la cabeza metida entre carpetas.

—Sabía que se estaba haciendo tarde porque me está entrando tal hambre que me comería ahora mismo un buen bocadillo de jamón —contesta Rai alzando las cejas, Raquel no recuerda ni un solo momento en que su socio no tenga hambre.

—¿Vas a entrar a la reunión con nosotras? —pregunta la abogada, que nunca ha necesitado que él esté con ella en esos acuerdos, pero el mismo Rai dijo que estaría allí ante lo que Cristina Andrade pudiera desatar.

—Sí, claro —contesta mientras se pone de pie.

—Entonces no te da tiempo de comerte ese bocadillo —zanja Raquel y Raimundo abre los ojos como paellas.

—Algo rápido de la máquina —responde su socio con un tono tan lastimero que parece que lleva días sin probar bocado.

Raquel pone los ojos en blanco, no sabe las veces que le ha repetido a Raimundo que deje de picar porquerías de esa máquina e intente alimentarse mejor. Es un hombre de grandes dimensiones que ya tiene un peso importante. Nota que le cuesta levantarse en muchas ocasiones y camina con más lentitud de lo normal, la abogada teme que acabe fastidiando su salud por no poder controlar su hambre.

—Ya sabes lo que pienso, Rai, no voy a repetirlo, pero un día de estos te llevarás un susto —dice Raquel saliendo del despacho para encontrarse con su clienta.

—Lo mismo que te digo yo con tu obsesión por el trabajo —le devuelve Raimundo haciendo que su socia se pare en seco y él la tenga que esquivar para no arrollarla.

—No es lo mismo y lo sabes —dice Raquel frunciendo el ceño.

—Yo no lo diría, soy consciente de que, si no empiezo a cuidarme, me pasará factura, pero sí tú no empiezas a descansar como es debido, te pasará lo mismo —explica Raimundo moviendo sus grandes manos.

—Hagamos un trato —suelta Raquel de repente captando la atención de su socio—, yo voy a empezar a delegar, poco a poco —dice con rapidez ante la ceja levantada de Rai—, y tú vas a dejar de ir a esa jodida máquina.

Raimundo González extiende el brazo para sellar el trato con un apretón de manos.

—Mañana tengo que hacerme una analítica completa y el miércoles tengo visita con el cardiólogo y con el nutricionista —sonríe Rai como un niño pequeño que acaba de hacer una travesura.

Raquel entorna los ojos.

—¿Por qué presiento que esto ya lo tenías planeado? —pregunta la mujer con suspicacia.

Raimundo ensancha la sonrisa.

—Mi mujer no para de darme la vara, además, el fin de semana pasado fuimos a jugar un partido de pádel con unos amigos y pensé que me moría. Tuve que dejar de jugar y, si te soy sincero, me asusté mucho —confiesa el abogado con pena.

—Lamento que te hayas sentido así, pero, por otro lado, me alegra que eso te haya hecho reflexionar —sonríe Raquel y le da un apretón amistoso en el brazo.

—Espero que tú cumplas tu parte —dice Rai—, un trato es un trato. Ahora vamos, que la clienta está esperando.

Raquel echa a andar negando con la cabeza al darse cuenta de que ha sido víctima de un timo por parte de su socio.

—Hola —sonríe Candela en cuanto ambos abogados entran a la sala de juntas, pero con la mirada clavada en Raquel.

El ambiente se torna diferente al de una reunión tradicional o al menos eso siente Raimundo cuando ve a las dos mujeres casi babear cuando una le va a explicando a la otra como quiere que se desarrolle el encuentro con la parte acusadora. Dos toques en la puerta hacen que las tres cabezas se giren y escuchan como Azucena anuncia que Cristina Andrade y su abogado han llegado.

—Mantén la calma, Candela. No sabemos cómo va a reaccionar Andrade —le explica Raquel a la militar después de decirle a su secretaria que los hagan pasar—, vamos a intentar acabar con esto lo más rápido posible.

—No te preocupes —contesta Candela y deja una caricia en el brazo con disimulo.

—Buenos días —dice el abogado de la acusación mientras entra con su clienta y ambos se sientan.

—Buenos días —contestan todos y Raquel toma la palabra—. Seré directa, abogado, queremos que retiren la denuncia que han interpuesto contra mi clienta de inmediato, aquí tienen toda la documentación que los animará a hacerlo —dice cuando ve que Cristina niega con la cabeza y su abogado abre la boca para quejarse.

El abogado empieza a revisar la carpeta que le ha entregado Raquel y el rostro del hombre cambia de colores como un árbol de Navidad. Se gira y enfoca a Cristina cuando ve un par de fotogramas extraídos del video que tienen sobre la pelea entre las dos militares.

—En la memoria que tiene ahí hay una copia del vídeo completo por si quiere verlo, pero está claro que la cabo Andrade ha cometido injuria además de mentir no solo a la policía dando una declaración falsa, sino también al cuerpo militar al decir que mi clienta la estaba acosando, sin contar que no incluyó su historial psiquiátrico cuando hizo las pruebas de acceso —explica Raquel Martínez con calma, pero con voz glacial—. No hace falta que le diga la gravedad de todo esto, así que le ofrecemos un trato que va a beneficiarle.

Para Cristina Andrade parece que la cosa no va con ella, mantiene la mirada clavada en Candela sin apenas moverse. El abogado le habla al oído durante unos segundos y la cabo lo único que hace es mover la cabeza de forma afirmativa.

—¿Qué tipo de trato? —pregunta el letrado.

—Tiene que retirar las denuncias, tanto la de acoso como la de agresión —dice con firmeza Raquel—. Por nuestra parte, no entregaremos el historial psiquiátrico de la cabo a la base, pero Andrade debe dimitir. Después haremos pública la documentación por si se le ocurre volver a intentar entrar algún cuerpo de seguridad. Además, tiene que entrar por su propio pie a un centro psiquiátrico que la evalúe y ayude con su problema, Cristina lo necesita y nosotros no estamos dispuestos a aceptar que siga por ahí haciendo daño.

La cabo ni siquiera ha pestañeado.

—Con respecto a las consecuencias legales que puede tener por hacer una denuncia falsa, nosotros no podemos hacer nada —continúa explicando Raquel—, de eso se encargará la policía. Dada la situación y las consecuencias que han acarreado las acciones de su clienta, es el mejor trato que puede tener. Así que le aconsejo que lo firme ya porque no le daremos más tiempo.

Las palabras de Raquel son tan determinantes que el abogado no tiene nada que decir más que explicarle a su clienta, que sigue como una demente sin apartar la vista de Candela que, si no

quiere ir a la cárcel y pasar por un proceso complicado, lo mejor es que acepte. Cristina Andrade vuelve a mover la cabeza de forma casi imperceptible, así que su defensor empieza a estampar su firma y le indica donde ella debe hacerlo también.

Para el asombro de los presentes, cuando acaban, el abogado se levanta y Cristina, que ahora parece una muñeca a batería, lo sigue y salen en silencio del despacho haciendo que Candela suelte el aire que llevaba mucho tiempo conteniendo en los pulmones al pensar que la otra militar pudiese tener un brote psicótico como aquel día en el aparcamiento.

—Parece que está todo resuelto —dice Raimundo—, enhorabuena, señoras. Raquel, estaré en mi despacho si necesitas algo.

Cuando el socio de Martínez – González & asociados cierra la puerta tras de sí, ambas mujeres se levantan y Raquel abraza a Candela con una fuerza desmedida.

—Ya está —dice la abogada—, se ha acabado.

—Sí —dice Candela con la voz hueca—, gracias, Raquel, no lo hubiese logrado sin ti.

La abogada rompe el abrazo y da dos pasos hacia atrás para ver la cara de la militar. Siente que Candela no está tan contenta como debería estar y la teniente Montero se fija en el interrogante de su mirada.

—Sabes que mi carrera se ha ido a la mierda, Raquel. Tengo claro que ahora que se ha acabado todo, voy a dimitir —dice con rotundidad.

—No tomes decisiones precipitadas, Candela. Tomate unos días para pensarlo, vete a casa, pasea a Susto y más tarde cuando acabe aquí, te llamo para vernos y hablarlo, ¿te parece?

Candela lo acepta, pero ya ha tomado una decisión que no piensa cambiar. Sale del despacho y se va a su casa, en eso si le hace caso a su abogada y cuando se encuentra con Susto, que corre a su alrededor como si hubieran pasado años desde la última vez que se vieron, la militar coge la correa y se va a un parque de perros que sabe que a esa hora está casi desierto y su mascota puede corretear a su aire.

La teniente lleva un rato pensativa mientras espera que Susto se canse de olfatear todo lo que encuentra en el parque cuando su teléfono móvil empieza a sonar causando que dé un respingo y sacándola de sus elucubraciones.

—Virginia, qué sorpresa —dice Candela al fijarse que es su compañera de armas quien la llama.

—Te llamo para darte la enhorabuena, Montero, me ha dicho Raquel que todo ha salido todo bien. No lo dudaba, has conseguido a la mejor abogada.

—Gracias a ti por convencerla —dice Candela recordando que fue su recomendación la que hizo que Raquel aceptara su caso.

—Fue muy sencillo, Raquel ladra, pero no siempre muerde —dice y ambas sueltan una carcajada—, pero te llamaba para decirte que vinieras esta noche a mi casa con Raquel a cenar, tengo algo que comentarte.

—¿Con Raquel? —pregunta la militar, que no le parece raro porque al fin y al cabo ellas dos son amigas, pero algo en el tono de voz de Virginia hace que le salten las alarmas.

—Sí, con Raquel, y no me tomes por tonta, sé que estáis liadas más allá de una noche de sexo. Así que haz el favor de presentarte en mi casa a las ocho —exige Virginia Robles.

—A la orden, capitana —contesta Candela medio en broma, medio en serio y cuelga la llamada con una sonrisa en los labios. A pesar de que ha perdido su carrera, no puede quejarse de las buenas mujeres que tiene en su vida.

CAPÍTULO 22

—¿Seguro que te ha pedido que yo te acompañe? —pregunta Raquel mientras camina con Candela hacia el apartamento de Virginia y Marta.

Candela tuerce media sonrisa divertida y la mira de reojo.

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo que Pinares te suelte un sopapo por haber intentado tirarte a su mujer? —se mofa la teniente.

A Raquel se le escapa una carcajada.

—No, para nada, me dio un poco de miedo en su momento, pero ahora las cosas ya están aclaradas y no tengo ningún problema con Marta, es solo que, no sé, no había venido nunca en plan... Ni siquiera sé qué es esto —comenta nerviosa.

—¿Te refieres a ti y a mí? —Candela arquea las cejas al mismo tiempo que se cambia de mano la botella de vino que llevan para la cena.

—Virginia está segura de que estamos liadas —suelta por fin Raquel.

—Es que lo estamos, abogada —dice Candela y pulsa el timbre.

Raquel sonríe y asiente, que Candela esté tan tranquila en ese aspecto, logra también tranquilizarla a ella.

Cuando acceden al apartamento, Virginia le da un fuerte abrazo a Candela para felicitarla, después saluda a Raquel con afecto y las tres pasan a la cocina, donde Marta ha desplegado todas sus habilidades culinarias para preparar la cena.

—Joder, qué bien huele —le sale a Raquel de manera sincera cuando se acerca a la sargento, que la recibe con los brazos abiertos.

—Te veo hambrienta —comenta Marta sonriendo.

—Ha sido este olor tan bueno el que le ha abierto el apetito —contesta Candela quitándole a la abogada un hilo que sobresale de su camisa con esa confianza que se ha instalado entre ellas sin que apenas se den cuenta.

Marta y Virginia cruzan una mirada cómplice, pero ninguna hace comentario alguno al

respecto.

La capitana saca cervezas para todas y se quedan charlando en la cocina mientras se ponen al día hasta que la cena ya está lista y pasan al salón.

—Bueno, ¿me vas a decir ya eso que me tenías que contar? —pide Candela ansiosa.

Virginia termina de untar una tostada con aceite y se la pasa a Marta.

—Raquel me ha dicho que quieres dimitir —suelta y a la abogada se le abren los ojos como platos.

Candela ladea la cabeza y la mira, pero en lugar de reprocharle algo como temía Raquel, le sonrío y le acaricia un brazo.

—Ya, parece que Raquel últimamente se preocupa mucho —deja caer y a Raquel le entra un cosquilleo raro por el pecho que le corta el aire.

—Sí, eso parece —confirma sonriente Virginia—, en fin, yo entiendo tus motivos, pero tengo algo que te puede interesar, aunque obviamente, para eso necesito que no dimitas.

—Y ¿qué es? —frunce el ceño Candela y Raquel clava la mirada en la capitana con mucho interés.

—Que trabajes conmigo y con Marta.

—Ostras —dice Raquel emocionada.

Candela se queda boquiabierta.

—¿Con vosotras?

Virginia asiente.

—No paran de entrar casos y vamos hasta arriba. Del Valle no hace más que atosigarme para que amplíe el equipo, pero para hacer lo que hacemos no me vale cualquiera, necesito rodearme de gente de la que me fío, gente a la que ya conozco, y tú Candela eres perfecta para esto. Honesta, entregada y cabezota como Marta.

Todas se echan a reír menos Candela, que sigue paralizada.

—Si aceptas me harías un favor enorme, a mí y a Marta —explica la capitana, a la que Raquel nota que se le está iluminando la mirada—. Vais a ser las primeras en saber que Marta y yo ya hemos encontrado una casa en las afueras de Burgos y la tenemos apalabrada.

—Madre mía, enhorabuena —las felicita Raquel, que se levanta y le da un achuchón a Virginia y otro a Marta—. ¿Entonces os mudáis allí? —pregunta la abogada ante el mutismo de Candela.

—Esa es la idea. Las dos hemos vivido siempre en pueblos y, aunque Madrid nos gusta, lo cierto es que nos asfixia.

—¿Y cómo se supone que lo haríamos si decido aceptar? —duda Candela—. ¿Me tendría que mudar?

Eso tensa a Raquel.

—No, para nada, tú te quedarías aquí. Tu trabajo consistiría en hacerme de enlace con Del Valle, en ayudarnos a valorar los casos que entren y en desplazarte con nosotras solo cuando tengamos que investigar en alguna base. Piénsatelo, Candela, seguirías dentro del ejército y podrías darle caza a todas las Cristinas y los hijos de puta que se pasean por las bases pensando que pueden actuar con impunidad.

Candela escucha atentamente todo el argumento de la capitana y, cuando esta termina de hablar, ella, de manera casi instintiva, se gira hacia Raquel buscando su mirada. No es que la teniente necesite la aprobación de la abogada para tomar la decisión, pero se acaba de dar cuenta de que Raquel se ha convertido en alguien tan importante para ella, que su opinión es algo que valora mucho.

—De acuerdo, me lo pensaré y te digo algo.

—Genial —sonríe Virginia—, pero intenta hacerlo pronto, porque a Marta y a mí nos gustaría mudarnos cuanto antes.

Virginia mira a Marta cuando termina de hablar y Marta simplemente se acerca a ella y le da un beso en el hombro. Raquel suspira tranquila, porque ve a Marta tan emocionada como Virginia, y el miedo a que su amiga volviese a caer en el pozo que casi la hunde cuando se conocieron, ha desaparecido por completo.

—Ha sido una velada encantadora —dice Raquel cuando terminan la copa que se han servido tras el postre—, pero creo que nosotras deberíamos irnos antes de que se haga más tarde —dice mirando de reojo a Candela, a la que le ha tenido que coger la mano por debajo de la mesa porque la teniente no deja de hacer botar la pierna desde que Virginia le ha ofrecido el puesto.

Raquel ha aprendido a leer tan bien a la teniente en el tiempo que hace que se conocen, que sabe que lo que necesita es un paseo donde ambas puedan charlar con calma.

CAPÍTULO 23

—¿Qué te parece la propuesta que me ha hecho Virginia? —dispara Candela en cuanto sale del apartamento de Virginia y Marta.

Raquel se gira con rapidez y le sostiene la mirada, no sabe si le corresponde a ella dar una opinión al respecto, pero siente la necesidad de expresar lo que piensa.

—Esto es algo tuyo, Candela. Eres tú quien tiene que decidir —explica la abogada—, pero a mí me parece muy buena. Ya sabes que pude trabajar con ellas en aquel caso en Burgos y la labor que realizan es excepcional. Como dijo Virginia, eres perfecta para el cargo y no tendrás que dimitir del ejército.

—Sé que es una decisión personal, pero valoro mucho lo que tú puedas pensar. Si te soy sincera, me gusta mucho la oferta, pero más me gustas tú —suelta la militar y a Raquel se le vuelve a acelerar el corazón.

La teniente Montero lleva varios días dándole vueltas al asunto. Se ha dado cuenta de que lo único que la ha mantenido a flote todo este tiempo desde que su vida dio un vuelco repentino, ha sido esa relación que se ha instaurado entre ella y la abogada. Las dos son mujeres adultas y en su momento ambas acordaron no ir más allá de la cama y alguna comida juntas, pero sin buscarlo, han pasado fines de semana enteros en casa de la militar y no solo haciendo el amor, también han disfrutado de otros placeres como si fueran una pareja formal. Lo que más le asombra a Candela es esa conexión que se ha formado entre ellas de forma muy natural, no han tenido que forzar nada, se han compenetrado de maravilla sin necesidad de llevar años juntas. Además, Candela siente una gran admiración por Raquel sin contar todo lo que la ha ayudado y, por supuesto, el cariño que ha demostrado tener por Susto. Eso ha hecho que la militar se dé cuenta de que lo que tiene con Raquel no es un mero escarceo, es algo más profundo que no quiere que se termine.

—Sabes que me gusta dejar las cosas claras —continúa Candela aprovechando que Raquel se ha quedado como un pasmarote y no sabe si eso es bueno o malo—, y si antes te dije que me sentía bien así sin un compromiso de por medio, hoy te digo que me encantaría salir contigo, conocerte más y ver a dónde nos lleva esto que tenemos.

—¿De verdad? —balbucea la abogada, que no entiende por qué le cuesta hablar, parece una adolescente ante su primera confesión de amor.

—Me siento muy bien a tu lado, Raquel. He comenzado a enamorarme y quiero que esto —las señala a las dos—, vaya en serio. Pero si tú no sientes lo mismo, lo voy a entender. No pienses que voy a juzgarte o enfadarme si no estás dispuesta a dar un paso hacia delante, solo te pido sinceridad, nada más.

Raquel Martínez siente que el corazón le saltará del pecho, pero no por agobio, sino por una euforia que hace mucho tiempo que no sentía. Ella también, sin buscarlo, ha respirado esa paz estando al lado de la militar. Los momentos que han compartido en su casa, el miedo irracional que ha sentido cuando le ha pasado algo o la angustia que vivió cuando Virginia Robles le hizo la propuesta de trabajo a Candela y ella pensó por un momento que la militar tendría que irse de Madrid.

Por fin, la abogada sale de ese letargo tonto en el que estaba y ensancha una sonrisa inmensa.

—Ya me imaginaba que cierta militar estaba coladita por mí —dice para intentar sacarse esa tensión que siente y Candela suelta una carcajada que la relaja—. Ahora en serio, Candela, a mí me pasa lo mismo, me siento muy bien a tu lado y si aún no estoy enamorada, me falta muy poco para perder la cabeza por ti.

La teniente sonrío y le coge una mano mientras siguen caminando, pero no dice nada porque siente que la abogada tiene algo más que decir.

—Hace tiempo te dije que estuve casada y esa experiencia acabó siendo traumática para mí. Mi exmujer era una persona muy conformista, alguien que no tenía metas ni sueños. Al principio, eso no me importaba porque pensé que juntas podríamos con todo, pero lo que ocurrió fue que ella no soportaba que yo si tuviese ganas de conseguir algo en la vida, así que me frenaba constantemente y, durante años, me sentí muy vacía en todos los aspectos —confiesa Raquel Martínez recordando aquella época en la que en vez de sentirse plena porque estaba con la que creía que era el amor de su vida, se sentía una desgraciada—. En cuanto me separé de ella, volví a ser esa mujer soñadora y no paré hasta conseguir todo lo que me había propuesto. Decidí seguir así y no pasar con ninguna mujer más allá del sexo, de ese modo no tendría distracciones, podría centrarme en mi bufete y todo iba bien... hasta que llegaste tú.

Candela eleva las cejas y tuerce la boca.

—¿Me lo tomo como un cumplido? —pregunta la militar.

—Por supuesto, Candela, porque sin buscarlo me devolviste las ganas de estar todo un

domingo en pijama, atiborrarme de palomitas y chuches en el sofá viendo una serie cutre y disfrutar de tomar un café bajo el sol, pero a tu lado —dice la abogada sacando su lado más romántico—, y créeme, pensé que eso ya no era para mí, que ya había vivido el amor y que lo que me quedaba era vivir aventuras de una noche.

La militar para de andar y mira a Raquel a los ojos mientras le hace una caricia en la mejilla.

—Lamento mucho lo que pasó con tu exmujer, pero eso te ha convertido en quién eres y te ha traído hasta a mí de una manera u otra. Me gustas, Raquel, y lo que siento por ti es auténtico. Lo que siento cuando estoy contigo es lo que me ha mantenido a flote mientras mi vida se caía a pedazos —le dice sincera.

—Teóricamente, tú me buscaste a mí, no al revés.

—Eres jodidamente egocéntrica —se ríe la militar a la vez que arrincona a Raquel contra una pared dando por acabado ese momento sentimental para pasar de lleno a la lujuria—. Tenemos mucho que celebrar, abogada ¿tu casa o la mía?

—La mía está más cerca, no voy a aguantar hasta llegar a la tuya —contesta Raquel, que se ha humedecido por la anticipación y no duda en besar con lengua a su chica para demostrarle lo mucho que la necesita ahora mismo entre sus piernas.

EPÍLOGO

Ocho meses después

Es jueves y Raquel y Candela están dormidas cuando Susto, utilizando la escalera para perros que no hace mucho tiempo la teniente le colocó junto a la cama, se sube pletórico y comienza a corretear por encima de sus dueñas, pisoteándolas mientras va de una a hacia la otra entre lametones en la cara y ráfagas de aire que provoca con el movimiento extremadamente rápido de su cola torcida.

Candela, que estaba profundamente dormida, gimotea e intenta abrir los ojos.

—Ya voy, Susto, deja de chuparme como si fuera un helado —se queja y saca el brazo para apartar la sábana.

—Deja, cariño, ya le abro yo —dice Raquel poniéndole una mano encima del brazo.

La abogada se incorpora sobre Candela y le da un beso en la mejilla.

—Vamos, Susto —dice saliendo de la cama.

Raquel, con el perro pegado a sus tobillos, va directa a la cocina y le abre la puerta del patio para que salga a hacer sus cosas. Lo observa bajo el quicio de la puerta mientras se despeja y, cuando Susto, satisfecho y relajado, termina y empieza con su ronda habitual olisqueando las macetas y los rincones, Raquel recoge las heces en una bolsa y después limpia el suelo con la manguera.

La abogada entra en la cocina y, después de ponerle la comida al perro, comienza a preparar el desayuno para ellas. Ya lo tiene todo por mano porque hace un par de meses que decidieron que ya era hora de vivir juntas y Raquel se mudó con Candela. Optaron por la casa de la militar sin tener que pensarlo mucho, a las dos les encanta la tranquilidad que se respira en ella. Además, Raquel siente fascinación por ese patio en el que Candela no deja de hacer cosas, por no hablar de que es mucho más cómoda para Susto.

—Buenos días, abogada —Candela aparece por detrás, le rodea la cintura con los brazos y le da un beso en el cuello que hace sonreír a Raquel.

—Buenos días, teniente. Lleva los platos fuera, desayunaremos en el patio.

—¿No hará mucho frío? —pregunta Candela mirando hacia el exterior. Hace sol, pero todavía están en marzo y a esas horas de la mañana la temperatura es muy baja.

—Te pones una sudadera.

Candela se ríe y le da una palmada en el culo mientras piensa que cualquier día, Raquel las hace dormir en el patio.

Cuando terminan de desayunar y después de haber dado un paseo rápido a Susto, las dos se suben en el coche de Raquel, a la que la base de Candela la coge de camino hacia el trabajo y ya han tomado por costumbre que la deja antes de irse a su despacho y la recoge cuando sale.

—¿A que no te arrepientes de haber comenzado a delegar en el trabajo? —pregunta Candela en el coche. Lleva unos días observando a Raquel y tiene la sensación de que ha rejuvenecido varios años.

—La verdad es que no —contesta dedicándole una sonrisa—, me costó hacerlo, pero ahora que me he acostumbrado es una jodida maravilla, además, esto de tener los fines de semana solo para mí no tiene precio.

Raquel pasó mucho estrés los primeros meses que empezó a repartir tareas, persiguiendo y atosigando a sus abogados, preocupada por si las cosas no se hacían bien, pero con la ayuda y la paciencia de Raimundo, poco a poco consiguió dejarlos a su aire y ahora sabe que puede confiar en ellos tanto como si el trabajo lo hiciera ella. Desde entonces, está mucho más tranquila e incluso hay tardes en las que se permite quedarse en casa con Susto y trabajar desde allí, en una mesa de madera que Candela le ha puesto en el patio bajo una marquesina, lugar en el que siempre que el tiempo lo permite, Raquel pasa tiempo leyendo, trabajando o simplemente relajándose.

—Te aviso cuando salga del despacho, ¿de acuerdo? —dice Raquel cuando llegan a la base.

Candela la mira y pone los ojos en blanco.

—¿Qué pasa?

—Te dije que mi amiga la teniente Irina Bol está en la ciudad y que habíamos quedado para cenar con ella y que la conozcas —responde Candela sonriendo ante la mala cabeza de Raquel para algunas cosas.

—Es verdad —reconoce divertida.

—¿Te vas con ella entonces y nos vemos en el restaurante?

—Sí, es una tontería que vengas hasta aquí.

—De acuerdo, entonces nos vemos allí.

Candela asiente y se inclina hacia delante para besar a Raquel, a la que coge por las solapas del traje y le cuesta mucho soltar.